

Comisión de Monumentos históricos y artísticos

DE

NAVARRA

Monografía número 1

El Palacio Real de Olite

ESTUDIO HISTÓRICO-ARTÍSTICO

POR

D. JUAN ITURRALDE Y SUIT.

(s. g. h.)

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO:
Y PRESIDENTE QUE FUÉ DE DICHA COMISIÓN

Estudio reimpresso e ilustrado por acuerdo de la misma.



PAMPLONA

Imprenta y papelería de G. Enciso, Sarasate, 15

1922

6736

MEMORIA
SOBRE LAS RUINAS
DEL
PALACIO REAL DE OLITE

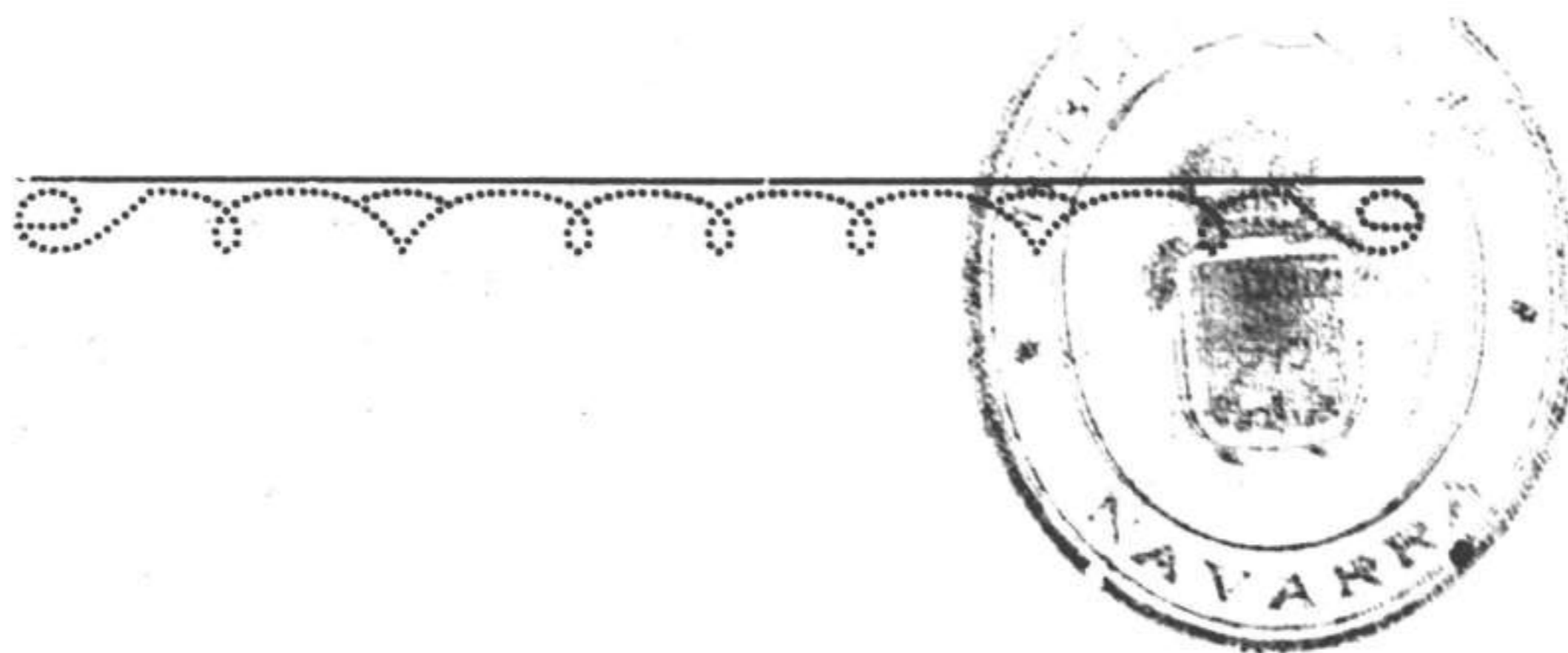
PRÓLOGO



Las personas, de día en día más numerosas, que visitan las ruinas del antiguo Palacio de los Reyes de Navarra, buscan invariablemente alguna monografía que les dé a conocer lo que éste fué en los tiempos de su esplendor.

Para satisfacer ese justo deseo nada nos ha parecido más oportuno que el disponer una nueva edición de la Memoria que hace más de medio siglo escribió sobre el Alcazar de nuestros Reyes uno de sus más entusiastas admiradores: nuestro muy llorado Vicepresidente y maestro, el Sr. D. Juan Iturralde y Suit, quien consagró su vida entera a desenterrar en archivos y ruinas, las grandezas olvidadas de su tierra Navarra, reuniendo entre otras cosas sobre el Palacio real de Olite, datos que hasta entonces nadie había logrado encontrar. Sirva su memoria de Cicerone a los peregrinos que lo visiten y ayúdeles a comparar sobre el terreno mismo lo que este Palacio fué, con lo que de él queda.

La Comisión de Monumentos.



PALACIO REAL DE OLITE

Uno de los monumentos más notables y dignos de las investigaciones del arqueólogo, es sin disputa el Palacio de los Reyes de Navarra en la ciudad de Olite.

Su gran extensión, lo importante de sus construcciones, la elegancia y majestad que las caracteriza y los muchos hechos históricos que en su recinto han tenido lugar, le hubieran hecho objeto de interesantes estudios en otros países menos indiferentes que el nuestro a todo lo que se relaciona con el arte o la historia.

Desgraciadamente este lamentable descuido y las continuas guerras de que ha sido teatro nuestro infortunado país, han sido causa de que ese soberbio monumento, uno de los pocos que en Europa representa en tan gran escala la arquitectura cívico-militar de la edad media, se halle hoy completamente arruinado, quedando únicamente las obras exteriores, que gracias a su robusta construcción, subsisten como para dar un mudo testimonio de lo que fueron cuando la erigieran nuestros reyes.

Cuando por primera vez se contempla su severa y

caprichosa silueta, cuando se mira el sin número de desmoronados torreones que coronan sus robustos muros, créese estar viendo, no un palacio, sino alguna ciudad víctima de uno de esos cataclismos cuyo recuerdo nos conservan las historias, y aun sin quererlo acuden a la memoria los versos de nuestro inmortal Rioja:

«La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, Césares murieron
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.»

Pocas ruinas hemos visitado que produzcan tan honda impresión de tristeza y ninguna habla más á la imaginación, sobre todo si el que las contempla ha nacido en Navarra.

Sus truncadas torres, sus cuarteados muros, sus mutiladas ojivas parecen representar las vicisitudes por que ha pasado este noble país; y aquel Castillo, obra predilecta de un gran monarca, aquellas bóvedas bajo las cuales se han celebrado tantos triunfos, que han presenciado acontecimientos tan notables, que han resonado con los gritos de guerra ó las trovas amorosas de los menestrales, parecen hoy la tumba de un reino. A la algazara y animación ha sucedido un sepulcral silencio, tan solo interrumpido por el grito lastimero de las aves nocturnas que anidan entre las decrepitas almenas, ó por el estruendo de alguna piedra que se derrumba y parece llevarse un recuerdo de nuestra historia!

Antes de comenzar la descripción de este importante monumento, vamos a recordar algunos hechos históricos con él relacionados, que nos servirán también para aclarar las notas que relativas a su construcción hemos tomado.

El descuido que, tanto en lo que se refiere a este

edificio como a los demás de nuestro país, se nota en los historiadores; las transformaciones que ha sufrido, y por último el vandalismo que se ha cebado en él, son causa de que desconozcamos su primitiva distribución, pudiendo solamente formar una idea aproximada de ella por algunas notas que con trabajo hemos entresacado del archivo de la Cámara de Comptos, existente hoy en la Diputación Provincial.

Es para nosotros indudable que anterior al palacio o castillo que es objeto de estos apuntes, debió existir otro en Olite, pues ya en 1274 se celebraban Cortes en este punto, siendo natural que se reunieran en un local o edificio digno de semejante acto.

En el siglo XIV, Olite era villa murada de alguna importancia, pues en 1369 se fabricaban en ella armas por obreros que el infante D. Luis hizo venir de Burdeos. Por los años de 1378 empezó a usarse de la *artillería de fuego*, o cañones, en Navarra, y el Rey don Carlos II mandaba pagar a la villa de Olite 100 florines por un cañón de los tres que había mandado poner para guarnecer dicho pueblo, donde tanto él como el infante D. Luis solían pasar temporadas. De estos datos parece deducirse que debía ya existir un castillo en esa época, y a no dudarlo, el Rey lo visitaba con frecuencia, puesto que en 1387 se daban 30 libras a tres *matadores* que D. Carlos III había hecho venir de Zaragoza a Olite para lidiar; en 1395 criaba en esta villa *cinco cisnes*, y en 1401 mandaba pagar quince cargas de *sercieillos* que había enviado a aquel punto para *guarnir las cubas de su casa*.

No hay sin embargo vestigio alguno de este castillo, y esto nos induce a creer que siguiendo una costumbre establecida en aquella época, sobre sus ruinas ó cimientos debió elevarse parte del actual.

Fué este construido por D. Carlos III, el Noble, ha-

cia el año de 1406, de vuelta de su viaje a Francia, y aunque se ha dicho que en él empleó las sumas que había traído de aquel país, nos prueba lo contrario el que las Cortes, reunidas en Pamplona en 1408, hicieron al rey el donativo de cincuenta mil florines para pagar las deudas que había contraído en su viaje, y que además en 1403 se pagaba a García Sanchiz de Ocon, vecino de Logroño, 25 florines al mes *por usura de mil, tomados para gastos* en las obras del mencionado edificio.

Según el Padre Moret, el pensamiento de D. Carlos fué el de fijar su Corte en Olite y Tafalla (cuyo palacio se construyó también por este tiempo) inclinándole a ello la benignidad del clima, la feracidad del terreno y el ser aquel el centro del Reino, pero a nuestro juicio no debieron ser estas las únicas causas que motivaron su resolución. El espíritu turbulento de los Pamploneses, sus frecuentes discordias, y las luchas terribles de que eran teatro las sombrías calles de la Capital, debían inquietar a no dudarlo a los monarcas navarros, y del mismo modo que los reyes de Francia residían con frecuencia fuera de París, *la ville frondeuse*, para gozar de más tranquilidad, aquellos debieron buscarla en la risueña campiña de Olite.

No debió dejar de influir también la frecuencia con que Pamplona se veía visitada por la peste, ese terrible azote de la edad media. En efecto, por los años de 1358 y 1383 invadía a Pamplona, y en 1401 hizo tales estragos, que los reyes se vieron obligados a salir á habitar las aldeas, repitiéndose lo mismo en 1411.

Don Carlos el Noble, a quien el pueblo apellidaba también el *nuevo Salomón*, se aplicó desde su elevación al trono a procurar la prosperidad de Navarra, contrastando su pacífico reinado con el agitado de su padre. Príncipe sabio y virtuoso, tan solo ambicionaba el hacer la felicidad de sus súbditos; la fama de sus altas

prendas volaba hasta lejanas tierras y con frecuencia acudían a él príncipes y poderosos señores extranjeros pidiéndole mediara en sus contiendas. La consideración de que el monarca gozaba se reflejaba en su reino, y era este respetado como el que más en aquella época. Poco tiempo hacía que los ingleses habían acordado la devolución del puerto de *Cherebourg*, y aun cuando la gente que el rey envió para que tomase posesión de dicha ciudad pereció en el mar a consecuencia de una tempestad, se repitió la expedición en 1394, verificándose la entrega en este año; acontecimiento que el Rey celebró vistiendo a 400 pobres.

Extraño por demás parece que a este formidable puerto militar, uno de los más importantes de Europa, y quizá el primero hoy de Francia, se mandaran armas y municiones de guerra desde Navarra, pero sin embargo así se hacía.

Por el año de 1394 se enviaron a la guarnición que lo ocupaba, siete cañones, un costal de azufre y carbón, tres costales de *salinitres*, 177 ballestas, y artillería de saetas, cinco arcaces, 180 paveses etc. y en 1396 se fabricaba salitre en Tudela para enviarlo a Cherburgo.

Algún tiempo después, el rey de Navarra cedió a de Francia esta ciudad con su castillo, en cambio del Ducado de Nemours, engrandeciendo así sus estados.

Los frecuentes viajes que D. Carlos hacía al extranjero debieron influir también en su carácter, abriendo nuevos horizontes a su espíritu, y a ellos se deben, a no dudarlo las mejoras introducidas en el país y el grado de civilización relativa a que había llegado su Corte. Mientras aumentaba el fausto de ésta creando las órdenes de caballería del *Collar de la Buena fé* y del *Lebrier Blanco* y devolvía la paz a su pueblo borrando odios antiguos, con actividad incansable se ocupaba de la aclimatación en Navarra de algunas semillas precio-

sas, hacía estudiar el proyecto de los caminos de carretas de Pamplona a San Sebastián y elevaba el soberbio Palacio de Olite.

En 1413 residía el rey en este pueblo, donde pasó todo el verano, y esto parece indicar que ya para esta época estaban terminadas las obras—en cuyo caso debieron ejecutarse éstas con una rapidez asombrosa,—o bien que habitaba en los restos del castillo antiguo, que probablemente se iría demoliendo a medida que se levantaban las nuevas construcciones.

No debía hacer, sin embargo, mucho tiempo que lo habitaba, pues en 1410 se celebraban Cortes en Olite y concedían un donativo de quince mil florines para que *volviese* de Francia.

En 1413 las Cortes, nuevamente reunidas en dicha villa, hicieron las exequias de la Infanta Doña Juana, hija de D. Carlos III y casada con el vizconde de Castelbon, que había fallecido en Bearne, asistiendo a sus funerales 40 pobres con hachas y vestidos de *sayal y capirotos*.

Dos años después muere en el palacio la reina Doña Leonor, falleciendo también en 1420 Lanceloto, Obispo de Pamplona e hijo del Rey.

Las Cortes, se reúnen nuevamente en los años de 1419 y 1421.

A las que se celebraron en ese olvidado castillo en 1422 y 1423, debe quizá Pamplona su bienestar y prosperidad. En las primeras consultó el Rey de qué manera podría concluirse con las hondas discordias que traían divididas, hacía ya siglos, a las tres clases de población que formaban la ciudad, y en las de 1423 se aprobó el célebre privilegio o pacto de la *Unión*, que hizo desaparecer los barrios y con ellos sus luchas fratricidas, convirtiéndolos en una sola y pacífica ciudad.

En los últimos años de su vida, Carlos el Noble per-

manece casi ordinariamente en Olite, y en el Castillo mismo recibe a su hija, casada ya con D. Juan de Aragón, y al hijo de éstos, habiendo jurado los Estados del Reino, a instancias del abuelo, por heredero de la Corona al Príncipe de Viana, que tan célebre habia de ser en la historia por sus talentos y desventuras; falleciendo por fin en 1425 el virtuoso monarca fundador del monumento que nos ocupa.

El Príncipe de Viana pasa en él los primeros y más felices años de su vida, y se desposa en 1439 con Doña Agnés de Clèves, habiéndose hecho con este motivo *dos palios de oro para el Príncipe y la Princesa* y celebrado las bodas con gran pompa en el Castillo.

En 1442 el Príncipe D. Carlos protesta ante las Cortes reunidas en el mismo, contra la usurpación de sus derechos, y seis años más tarde la muerte arrebató a su esposa Agnés.

Poco tiempo después D.^a Blanca, hermana del Príncipe de Viana y no menos desgraciada que éste, abandona a Olite llorosa y afligida, cual si presintiera el triste fin que la aguardaba y es conducida al Castillo de Orthez, donde muere envenenada.

Por este tiempo, los bandos Beaumontés y Agramontés se hacían una guerra encarnizada, y el palacio de Olite participó, como puede presumirse, de la terrible agitación de la época, cayendo en poder de unos u otros según las alternativas de la lucha, habiéndose concluido allí el tratado de paz entre el rey D. Juan y el Conde de Fox y celebrado Cortes diferentes veces.

Aunque como hemos dicho, los historiadores indican que las obras del palacio comenzaron en 1406, creemos nosotros que mucho antes D. Carlos proyectaba ya su edificación y hacia preparativos para llevarla a cabo.

Así vemos, que en 1399 mandaba pagar 21 libras y 21 dineros a Tierri, su relojero, por *«empezar á obrar*

de sarrailas, borroillas é otras cosas para el Palacio de Olite».

Ignórase quien fué el arquitecto que construyó o hizo el plano de este grandioso edificio; su estilo nos lo hubiera hecho atribuir a alguno de los muchos franceses que trabajaban en la corte de D. Carlos, pero el haberse edificado el palacio de Tafalla en los mismos años nos hace creer que pudo ser el maestro *maçonero* Semen Lezano o Lezcano, constructor de éste, el autor de ambos, cuyos trabajos pudo dirigir simultáneamente por hallarse a una legua de distancia uno de otro. (1)

De todos modos, si así fué puede asegurarse que el artista se inspiró en las construcciones francesas de aquella época, o que el mismo D. Carlos III indicó las disposiciones que debía tener el palacio, recordando los que había visitado en sus viajes a Burdeos, París y otros puntos de Francia.

Por lo demás, nada tiene esto de extraño si se recuerda la grandísima influencia que ejercieron las artes y costumbres francesas en nuestro antiguo reino, sobre todo desde el advenimiento al trono, de la casa de Champagne, que comenzó con Teobaldo I.

En la corte navarra se hablaba el provenzal, y aún se ven muchos documentos de importancia escritos en este idioma, que los trovadores popularizaban, quedán-

(1) Aun cuando, como decimos más adelante, eran muchos los constructores franceses establecidos en nuestro país, ya al terminar el siglo XIV vemos aparecer una brillante pléyade de artistas españoles, discípulos aventajados y émulo de aquellos, a los que algunas veces sobrepujaron en ingenio o elegancia. Además del Lezano ó Lezcano ya nombrado, eran también arquitectos de los reyes de Navarra, Yénego Jimenez Duriz en 1372, Juan García de Laguardia en 1387, y Martin Perez de Desteilla en 1389. También trabajó en Tudela el Maestro Lope y Andreo y por último, Simon Lopez y Miguel de Goini eran arquitectos del Rey en 1410. Como se vé por sus apellidos, casi todos estos artistas eran navarros.

donos como testimonio de ello dos notables poemas: la *Guerra civil de Pamplona*, por Guillermo Aneliers, y la *Historia de la Cruzada contra los hereges Albigenses*, por Guillermo de Tudela. Es digno también de anotarse, que la preciosa colección de cuentas del gasto de la casa real, conservada en el Archivo de la Cámara de Comptos, está escrita en francés, y por último, que muchos de los artistas u obreros establecidos en nuestro país llevan nombres que no dejan dudas acerca de su procedencia. Varios podríamos citar en apoyo de nuestro aserto, pero recordaremos tan solo a *Tierry*, antes nombrado, a *Juan Panequin relogier*, a quien el rey mandaba pagar en 1390, cincuenta florines por un «*reloge á muchas campanetas que eill habia fecho por contar las horas,*» y a *Juan Lehome de Tortay*, que en 1411 era en Navarra *taillador de imágenes*. (1)

Difícil, si no imposible, es dar una idea exacta de la forma que presenta la planta del Palacio de Olite; tan grande es su irregularidad.

Lo extraño de su aspecto general y la aparente falta de unidad que en él se nota, nos habían hecho pensar si sería esto efecto de haberse ido agregando construcciones en tiempos posteriores, pero un detenido examen del edificio nos ha convencido de que todas sus partes han sido edificadas en una misma época, como lo prueba, además de otras razones, el hallarse en todas ellas los signos de los mismos constructores.

Es pues efecto del capricho el que se le haya dado

(1) Todo revela en la corte Navarra esa influencia ultrapirenaica y hasta en los menores detalles se descubre su huella. En el castillo de Tudela, y sobre su capilla, tenían los reyes una sala llamada *le Petit Paridis*.

Es también curiosa la observación de que la biblioteca del ilustrado Príncipe de Viana, cuyo interesante catálogo nos ha facilitado el erudito Mr. Paul Raymond, tan sólo se componía de obras latinas y francesas.

tal disposición, que nada perjudica al efecto general. Muy lejos de eso, el arquitecto ha sabido agrupar de tal modo las distintas partes del Castillo, ha dado tal variedad a las líneas, ha hecho tan esbeltas y elegantes las pesadas torres, que sin privarle de su severa grandeza, ha creado a fuerza de arte uno de los más acabados tipos de la arquitectura cívico-militar de la época.

Hay que tener también presente que el temor de las sorpresas y golpes de mano, que con tanta frecuencia se repetían en la edad media, hacía a los Señores recelosos y exagerados en sus precauciones. Los torreones, los estrechos corredores, las escaleras de caracol, las galerías sin salida, las puertas secretas, eran para ellos otras tantas garantías de seguridad, y de ahí nació el que adoptaran en la distribución de sus diversas dependencias una irregularidad sistemática.

El aspecto general del palacio de Olite recuerda vagamente al de los Papas en Avignon, aunque en los detalles hay entre ambos notables diferencias.

Sus muros exteriores parecen haber estado coronados de almenas y matacanes, y en muchos ángulos se elevan, sobre cónsolas ó cornisas voladas, torreoncillos cilíndricos sorprendentes por su atrevida ejecución, de los que hoy desgraciadamente subsisten apenas algunos restos. La piedra está trabajada con esmero y aún se ven algunos detalles admirablemente esculpidos, de los cuales nos ocuparemos más adelante.

Lo que hace a este edificio de inapreciable valor es que en él se retrata fielmente la transición de las sombrías fortalezas de los siglos XIII y XIV a los palacios fortificados, del siglo XV, participando de los caracteres notables de unos y otros. Si sus robustos muros erizados de almenas, si sus poternas misteriosas, recordaban las moradas de los señores feudales, sus elegantes torreoncillos, susafiligranadas galerías y sus risueños jar-

dines suspendidos parecían indicar que ya el feudalismo con todas sus violencias iba a desaparecer para siempre y a ser sustituido por una nueva era de civilización.

Sin embargo; su aspecto general es severo y aunque en casi todos los documentos antiguos que hemos consultado se le conoce con el nombre de *Palacio Real*, mejor podría aplicársele el de Castillo, retratándose en él fielmente el carácter belicoso de nuestros reyes, que ántes que reyes eran guerreros. (1)

Es verdaderamente doloroso que la historia no nos haya guardado una descripción de lo que fué este admirable monumento en los tiempos de su esplendor, pero ni en ella, ni en las cuentas de la Casa Real, que como ya hemos dicho se conservan cuidadosamente en el Archivo de la Cámara de Comptos, se encuentra dato ninguno que nos lo dé a conocer.

En estas últimas figuran día por día y con la mayor minuciosidad, el número y nombres de los *maçoneros*, *carpenteros*, *pintores* y demás obreros que trabajaban en el palacio, con los jornales que cada uno ganaba, pero ni una palabra se dice del arquitecto que dirigía la construcción ni se da detalle ninguno sobre esta.

Unicamente en algunos documentos de la titulada *Sección de papeles sueltos*, del mismo Archivo, hemos hallado, aunque con gran trabajo, algunas noticias de que nos ocuparemos a continuación y que sirven para esclarecer nuestras investigaciones, dándonos al mismo

(1) Estamos persuadidos de que Carlos el Noble no hizo más que *reconstruir* el Castillo de Olite, que como dejamos dicho existía anteriormente, pero no obstante, lo consideramos como el verdadero fundador, en atención a la importancia de las obras que llevó a cabo. Una observación que manifiesta la diferencia que había entre el edificio antiguo y el nuevo y la superioridad de este último, es la de que en las cuentas anteriores al año 1406 figura con el nombre de *casa real*, y después de la reconstrucción se le dá el de *Palacio*.

tiempo a conocer las costumbres de nuestros reyes en aquella época. (1)

De estos documentos y de los restos que hoy subsisten del palacio, se desprende que debió ser una construcción grandiosa y que apesar de la sencillez de los monarcas navarros, ocupados continuamente en guerras, se había introducido en éste cuanto constituía la fastuosa existencia de los Señores del siglo xv.

Más de una vez ha venido a nuestra memoria la animada descripción que de la vida que aquellos llevaban en sus castillos feudales se lee en la *Corónica de Pero Niño*, y nos hemos figurado estar viendo el de Girfontaina al recorrer el arruinado palacio. Las costumbres de los Señores eran las mismas, y en Olite, como en el castillo descrito por el alfez Gutierre Díez de Games, se repartía el tiempo, a no dudarlo, entre las cacerías y las trovas, entre las cantigas y los torneos.

Ya con motivo de las bodas del Príncipe de Viana con D.^a Agnés de Cleves, vemos que hubo justas, para las cuales se hicieron *diez docenas de lanzas*, hallándose en las fiestas *moros y moras yuglares de Játiva*. Solía también entretenerse el Príncipe en *dar bailes á su Córte*.

En 1440, el rey su padre mandaba pagar el gasto de «*doce torchas, para alumbrar en una danza (decía) que fizo el Príncipe nuestro mui caro fijo, con ciertos cabailleros é gentiles hombres, en presencia de Nos, la Reina é de Juan Mon Senior.*»

La caza mayor debía ofrecer también grandes atrac-

(1) La falta de documentos referentes a este edificio que se nota en nuestros archivos, nos hizo pensar que tal vez se encontrarían aquellos en el de Pau, y escribimos con el fin de averiguarlo al erudito archivero del departamento Mr. Paul Raymond, pero este Sr. nos ha contestado que nada existe allá relativo á Olite.

tivos en Olite. Por más que hoy parezca increíble, era tal la abundancia que había de ella en sus alrededores y en los de Tafalla hacia el año 1413, que dichos pueblos hicieron venir a residir en el último a Pedro Fernandez de Atienza, balletero y cazador de ciervos, y le asignaron una pensión, a fin de que «*continuamente cazase y destruyese los venados y ciervos que causaban grandes daños en las mieses y viñas.*»

En medio del fausto y la grandeza, Carlos el Noble no se olvidaba de los desgraciados, y al mismo tiempo que agasajaba a los obispos y embajadores que de lejanas tierras acudían a su Corte, vemos por las cuentas del gasto de su casa que, hacía sentar a su mesa *diariamente á tres pobres*. El Príncipe de Viana, heredero de las virtudes de su abuelo, mantenía también *á cinco pobres, donde quiera que se encontrase*.

El palacio de Olite, como dejamos dicho, pasa por las mismas vicisitudes que el reino de Navarra y parece marcado por el destino para compartir su suerte.

Con la unión a Castilla empieza la decadencia del célebre monumento, y ya en 1556 se hace real merced a D. Juan de Navarra y Benavides, y su mujer, marqueses de Cortes, para habitar en él, con la calidad de ejecutar reparos necesarios, por la cantidad de cincuenta mil maravedís anuales.

En 1718, (¡rubor causa el leerlo!), vemos que el Virrey comunica a la Cámara de Comptos una real orden para la enajenación de los palacios de Olite y Tafalla y otras varias tierras, ofreciendo al comprador asiento en Cortes, y que se considerarían como palacios de Cabo de Armería!

Indícase por algún historiador, que Carlos el Noble tuvo el pensamiento de unir por medio de una galería el palacio de Olite con el de Tafalla, distante una legua próximamente, pero esta obra no llegó a realizarse.

Dice también la tradición, que en el palacio de Olite había tantas habitaciones como días tiene el año, y aun cuando ningún crédito nos merece, sirve, sin embargo, para probarnos la grandeza de aquél por la admiración que producía en el pueblo, propenso siempre a exagerar.

Sus fuertes muros están guarnecidos de torres cuadradas muy semejantes a las que se ven en la mayor parte de las ciudades de la Provenza y orillas del Ródano.

Difícil es hoy el saber, por el simple examen de las ruinas, el número de torres que tenía el palacio, pero por algunos inventarios de los siglos XVI y XVII hemos averiguado que cuando menos llegaban a quince, a las que se distinguía con los siguientes nombres:

Torre de *Joyosa guarda*. *V. p. 2*

- › › *los Cuatro vientos.*
- › › *sobre el Portal.*
- › › *los Lebreles.*
- › › *las Tres Coronas.*
- › › *sobre el Corredor del Sol.*
- › › *las Cigüeñas.*
- › › *los Atalayas.*
- › › *los Perros.*
- › › *la Prisión.*
- › › *la Despensa.*
- › › *la Reina.*
- › *del Algibe.*
- › *del Pero.*
- › *del Granado.*

La torre de los *Cuatro vientos* estaba coronada por cuatro elegantes pabellones o miradores, y aun hoy mismo es conocida con ese nombre.

La que se alza a su lado, distinguiéndose por su esbeltez y dominando á las demas, es la llamada de *los*

Atalayas, y su denominación está justificada por su especial estructura.

En ella se veía a todas horas al centinela destinado a vigilar y cuidar de la seguridad del castillo advirtiendo a los que lo habitaban de cualquier movimiento que se notara en sus alrededores y de los incendios o peligros que le amenazaran. Además tocaba el cuerno o bocina, desde lo alto de las almenas, a la salida y puesta del sol, en el momento de matar los fuegos, a las horas de comer y a la partida y llegada de gente armada o mensajeros, debiendo tocar a ciertas horas algunas tonadas o melodías para recreo de los Señores, que únicamente confiaban el delicado encargo de *goaitar*, a hombres de reconocida lealtad. En 1429 el rey D. Juan II mandaba pagar «*una capa para Pedro Gurpin, goai continuo en el Castillo de Tafalla para vestirse al goaitar de noches.*» (1)

La *torre de sobre el portal*, se distingue perfectamente, y bajo la ojiva que coronada del escudo de las armas reales de Navarra se ve en su base, pasa el camino de Olite.

A la derecha de la anterior se alza una torre octógona, dividida en tres cuerpos separados por otros tantos órdenes de almenas y matacanes de distintos cortes y gracioso efecto. A esta se le dió con propiedad el nombre de *Torre de las tres coronas*. Los matacanes del cuerpo superior son simulados y presentan la elegante forma trebolada que tanto se empleó durante el siglo xv.

(1) La palabra *goaitar*, que era sinónimo de vigilar, y que evidentemente se deriva de la francesa *guetter*, se usaba en Navarra en esta época.

Solía darse en Francia el nombre de *gaitte* a la persona que desde lo alto de la torre vigilaba y aun a la torre misma. Nosotros creemos que este nombre se aplicó también al instrumento que tocaba, conservando aún entre nosotros el nombre de *gaita*.

Entre estas dos torres y al lado de un arco ojival de descarga, de colosales dimensiones, se encuentra la llamada *del Algibe*.

En cuanto a la de *las Cigüeñas*, no cabe duda que es la que da a la Placeta y forma uno de los ángulos del palacio, pues en su parte superior se ve todavía un enorme nido de aquellas aves, que según parece vienen albergándose en el mismo sitio cuando menos desde el siglo xvi.

La *torre de la Prisión* no debía servir más que para los hombres de armas del castillo, y es probable que no fuese capaz ni ofreciera grandes seguridades, puesto que en 1410 mandó el rey hacer una *casa fuerte* en Olite «*para guardar los presoneros criminados é otros, por complacer el bien de justicia.*»

A las demás torres es imposible distinguirlas por sus nombres, pues lo tomaban de objetos que en nada se relacionaban con su construcción.

Como en todos los palacios de aquella época, el espesor de los muros es considerable, y las señales que quedan de los techos demuestran que estos eran muy elevados.

Ignoramos donde estaba la puerta o entrada principal primitiva, pues la que actualmente aparece como tal, que es la que da a la Placeta, es moderna.

En el estado de ruina que se encuentra el edificio no es posible tampoco saber dónde se hallaba la escalera que correspondía a la puerta a que aludimos. Solo conocemos su existencia por una cuenta del año 1599 en que se dice que «*se ocuparon diez y ocho canteros en picar y labrar la piedra para el pilar de la escalera principal.*»

En otra cuenta del 1622 se habla de las bóvedas que la cubrían, y se añade que «*en mitad della se puso un escudo grande de las armas reales.*»

En la actualidad únicamente existen escaleras de caracol, si bien en número considerable, abiertas unas en el espesor del muro, y construídas otras en forma de torreoncillos exteriores, pegados a las torres más importantes.

Por estas escaleras comunicaban entre sí los diferentes pisos del palacio, y algunas se conservan todavía en buen estado gracias a su excelente construcción.

Las puertas de los aposentos son pequeñas, y en su mayor parte carecen de ornamentación. Había varias falsas, y en un inventario del año de 1602 se menciona «*una puerta secreta de hierro que sale al portal del río.*»

Como hemos dicho, en una de las torres del palacio estaba el *Algibe*, que todavía se conserva en excelente estado. Lo mismo que en el del célebre Chateau de Pierrefonds, a él iban a parar un sin número de canales que conducían las aguas llovedizas. Tenía ventanillas con redes y un «*toldo de lienzo para que no se ensuciase el agua.*» En 1556 se trajeron dos caños de Zaragoza, y parece que debió construirse ó repararse por este tiempo, pues en un manuscrito del mismo año se lee lo siguiente: «*Pagué a Mastre Pero Perez por los dias que se ocupó en hacer el algibe y por los ladrillos y cal y almagra y betun y estopa y sebo, y por los jornales de los obreros y peones que anduvieron en la dicha obra, veinte ducados.*»

Una de las cosas que más excitaban la admiración en el palacio, eran sus jardines suspendidos. El arquitecto, venciendo con sin igual maestría las dificultades que presentaba su ejecución, estableció extensos terrados sobre la parte superior de los muros, sustentándolos interiormente con una serie de arcos ojivales notables por su robustez y valentía.

Nada faltaba en estos jardines de cuanto pudiera

servir para el recreo de los augustos moradores del castillo.

En ellos se veía una preciosa galería, o claustro, de ojivas dobles, sobrepuestas, de singular elegancia; construcción esbelta y atrevida de la que tan sólo subsisten algunos restos que se elevan sobre un enorme arco, aislado hoy en medio de un patio. Sus bellas proporciones los hacen interesantísimos bajo el punto de vista artístico, y es doblemente deplorable el estado en que se encuentran, pudiendo asegurarse que hasta estos venerables fragmentos desaparecerán antes de mucho tiempo, expuestos como se hallan a la intemperie y abandonados por completo. En una parte de los jardines estaba el juego de pelota.

También había una *paxarera*, que fué construída o recompuesta en 1556, según se ve por las notas siguientes que copiamos de las cuentas de reparos hechos con motivo de la venida al palacio, de los marqueses de Cortes.

«Pagué á D. Juan de Orbaiceta por lo que se ocupó en hacer la paxarera de palacio, por él y por un mozo, por mes y medio que anduvieron en ella y por un millar de tachetas, quince ducados.»

«Pagué á Mastre Pedro de Santander en quince de Otubre, por los hierros que hizo para asentar la Red de la paxarera de palacio, veynte y seis ducados.»

«Pagué en beynte de Otubre por el hilo de alambre grueso y delgado para la paxarera, ciento y setenta Reales y beynte y quatro mrs.»

Dentro de esta *paxarera*, que por lo que se infiere de las notas que anteceden debía ser muy grande, había una pila, y *pinos verdes* para las avecillas que en ella se guardaban. También se criaban cisnes y pavos reales

En los jardines se veían varios canales ó *regaçuelos*

que bañaban plantas exóticas y árboles frutales de rarísimas especies. Los granados, las moreras, los limoneros y otros mil más, se alzaban robustos entre los dorados torreones y embalsamaban el ambiente con el aroma de sus pintadas flores. Una parte de los jardines, llamada *huertos de los naranjos*, estaba poblada de estos preciosos árboles, y es digno de notarse que ya figuraba su fruto en la mesa del Rey de Navarra cuando todavía no era conocido o cultivado en Francia. (1)

Debe también mencionarse el *Huertecillo de los baños*, cuyo nombre indica el objeto a que se destinaba, y el *Jardín del Cenador*, en el cual había un surtidor o salto de agua.

Como hemos dicho, sobre estos jardines se habían construído varios claustros, que se conocían con los nombres de *Claustros de los Cipreses, del Granado, de la Parra, etc.*

Al pié de la torre de los *Atalayas* se descubren los restos de la llamada *Leonera*. Era éste un lugar rodeado de fuertes murallones, donde se encerraban fieras y animales extraños, con cuya vista se distraían los habitantes del palacio. Durante los siglos XIII, XIV y XV se veían con bastante frecuencia en los palacios de los re-

(1) Los primeros naranjos que se conocieron en Francia fueron los cinco que regaló la última reina de Navarra, doña Catalina, a la de Francia. Uno de estos naranjos, que bien pueden calificarse de históricos, había sido plantado en el palacio de Pamplona por la misma reina doña Leonor, esposa de Carlos el Noble, y después de haberse guardado en Fontainebleau, fué a parar al magnífico invernáculo de Versalles, donde todavía existe, siendo conocido con los nombres de *Gran Condestable* y *Gran Borbón*.

Casi puede asegurarse que este venerable naranjo procedía de los jardines de Olite, pues el clima de esta ciudad era más favorable para dichos árboles que el de Pamplona; por esta razón solían cultivar los Reyes de Navarra plantas rarísimas en aquellos y en los de Tafalla, trasportando después algunas a la capital del reino.

yes, y aun en las moradas señoriales, sitios destinados a ese mismo objeto. Don Carlos II de Navarra, apellidado *el Malo*, tenía tal afición a las fieras, que aun en sus viajes las llevaba en su compañía, habiendo hecho fabricar unas andas para conducir las más fácilmente.

El Príncipe de Viana era también aficionado a ellas, y solía tener osos, leones, ciervos, camellos, girafas, papagayos, etc.

Juan de Mur, Señor de la baronía, de Alfajarín le regaló cuatro búfalos en 1447.

Las caballerizas estaban en la planta baja, junto al patio de entrada y debajo del Salón de Cortes. Eran espaciosas y los pesebres estaban abiertos en el espesor del muro. A una de ellas se le conocía con el nombre de «*Cuadra de los Angeles.*» En el suelo había «*aldabas, maderos y sortijas para trabar los caballos de los piés.*»

Suponemos que también las cocinas debían estar en la planta baja, pero es lo cierto que por más que hayamos recorrido y examinado el palacio con detención y minuciosidad, ningún vestigio de ellas hemos encontrado. Muchas son las chimeneas arruinadas que se ven en diversos aposentos, pero puede asegurarse que ninguna de ellas servía más que para la calefacción de los mismos y no para otros usos.

Los arquitectos daban en aquella época gran importancia a esta dependencia y la revestían de formas verdaderamente monumentales. Con frecuencia solían construir las, sobre todo en los castillos, formando un edificio aparte o especial. En la Catedral de Pamplona tenemos un notable ejemplar de estas cocinas, que bien pueden calificarse de grandiosas, cuya existencia es casi ignorada, y que sin embargo es de lo más interesante que encierra aquel venerando monumento. Es probable que en Olite estuvieran en alguna de las grandes torres, del

mismo modo que en el palacio de los Papas en Avignon, con el cual tiene, como hemos dicho, más de un punto de contacto.

De todos modos, debían ser de grandes proporciones y capacidad extraordinaria, pues los habitantes del castillo eran numerosos y continuamente se recibían en él embajadas o ilustres huéspedes, a los que se obsequiaba de un modo verdaderamente regio.

En esta materia debía ser la Corte navarra digna de competir con la famosa *Cour de Bourgogne*, que durante el siglo xv fué la mas renombrada de todo el Occidente por el servicio de mesa, cuyo recuerdo ha sido conservado en las Memorias de Olivier de la Marche, que describe detallada y escrupulosamente los festines celebrados por los duques.

Para dar una idea de lo que eran estas fiestas en Olite, citaremos tan solo un documento, curioso por más de un concepto.

En 1443 el Príncipe de Viana tuvo *Sala*, con motivo de haberse dado el grado de Doctor en Teología al confesor de la Princesa, hallándose en ella el Arzobispo de Tiro, el Prior de Ronzas, (Roncesvalles), el Deán de Tudela, D. Juan de Cardona, Mosen Beltrán de Ezpeleta, Mosen Pierres de Peralta, Mosen Martín de Peralta, Mosen Bernart de Ezpeleta y otros muchos Prelados y notables caballeros. Con este motivo se gastaron «16 carneros, 11 cabritos, 10 lechones, 2 becerras, 120 gallinas, 3 pernils, 15 libras de tocino gordo, azúcar libra y media, 8 libras de almendras, una libra de canela, una onza de azafrán, 6 conejos y 10 gazapos.»

Como se comprende desde luego, estos banquetes, que envidiaría Lúculo, solamente podían prepararse en cocinas de gigantescas dimensiones.

Había también *botillería, repostería, horno, bodega, lagares, despensa y guarda ropa*. Inmediata al

palacio tenía además el rey una casa llamada *de la Consergia*, y un pozo de hielo cuyos restos todavía se conservan en regular estado.

Tampoco hemos podido hallar, a pesar de nuestras investigaciones, vestigio ninguno del refectorio o comedor, y nos inclinamos a creer que nunca ha existido, pues durante la edad media los castillos carecían de ellos en general. Las comidas se servían en las habitaciones que los señores ocupaban, y si se daba algún festín al que concurrieran muchos convidados, tenía lugar en la *gran sala*, pieza que no faltaba en ningún castillo y que se destinaba a las recepciones y actos oficiales.

Con este motivo recordamos que en Olite, el año 1426, «*fizo la seinora reina la fiesta de la consagración del Obispo de Pamplona et de las bodas de Martín de Peralta su hermano, et tovo la Sala el Princep et fueron convidados el Obispo de Montalvan, el Arzidiagno de Lodena, embajadores del Papa, el Obispo de Calahorra, et el Obispo de Bayona, et todos los Caballeros et dueinas et otras gentes de Estado: Fueron en Sala 300 personas.*»

Si se tiene en cuenta que todos estos personajes no se colocaban en grupos, sino en asientos separados y por orden de jerarquías y de clases, podremos formarnos una idea de la grandeza del Salón en que se reunieron.

Tal vez fuera el mismo en que se celebraban las Cortes, que es el que se halla contiguo a la Torre de las Cigüeñas, en la parte del Palacio que da a la Placeta.

Hallábase éste sostenido por una serie de arcos ojivales, en forma de claustros, de los que todavía se conservan hoy algunos. En cuanto al Salón propiamente dicho, cuya decoración parece que era de gran riqueza, se encuentra completamente arruinado y ni vestigios quedan del techo y pavimento.

Unicamente subsiste, como recuerdo de lo que fué, una gran ventana de armonioso conjunto y esmerada ejecución.

Como en las demás del palacio, en el hueco que forma se ven dos bancos de piedra, disposición usada en casi todos los edificios de la época en que el espesor de los muros lo permitía.

La bovedilla en que termina está realizada por nervios, en cuyo punto de intersección se destaca una clave pendiente con delicados relieves.

Graciosas guirnaldas y trepados, representando hojas de encina, entre las que se ven caracoles e insectos, encuadran esta ventana en su parte interior.

El aspecto que la misma presenta exteriormente es también elegante. Las guirnaldas que la rodean están formadas por hojas y racimos de vid silvestre, ingeniosamente entrelazados, y por rosas y capullos.

A los lados se elevan dos ligeros pináculos, y entre estos y la terminación del arco hay, incrustados en el muro, dos escudos en relieve, sostenidos por lebreles, en uno de los cuales se ven las armas reales, o sean los cuarteles de Navarra y Champagne, no pudiéndose distinguir lo que había en el otro por hallarse completamente mutilado.

La ejecución de estos detalles es esmeradísima, y las guirnaldas están trabajadas con una delicadeza tal, que el escultor ha imitado hasta las fibras y el tejido de las hojas y ha caracterizado de un modo que sorprende los diversos insectos que se posan sobre ellas, destacándose el todo con arte tan acabado que parece sostenerse en el aire.

En la parte baja de los pináculos se ven cuatro espigas de hierro, que sin duda servirían para colocar algún tapiz o sostener el toldo o cortina encerada que según

parece, tenían todas las ventanas del palacio. (1)

El número de aposentos de que éste constaba era considerable: algunos comunicaban entre sí por medio de corredores secretos, disposición muy conforme con los gustos de los señores de aquel tiempo, que en todo cuanto se relacionaba con su vida íntima y privada procuraban rodearse del mayor misterio.

El decorado de las habitaciones se vé que era el mismo que se usaba en los castillos de Francia durante el siglo xv. Los muros estaban revestidos, desde el pavimento hasta cierta altura de madera ensamblada y esculpida, viéndose todavía en el de Olite las ranuras en donde se aseguraban las piezas, que la generalidad toma, equivocadamente, por canales para la conducción de agua al algibe.

El resto de la pared se cubría con tapices en que se representaban escenas de las historias y leyendas de las más populares, ó alegorías que encerraban una máxima moral o un rasgo satírico. (2)

(1) En 1414 el Rey mandó pagar «cien codos de tela blanca de Bretayna, puestas en las finiestras de sus Palacios de Olit,» y «sesenta libras de cera blanca para encerar dicha tela.»

(2) Durante el siglo xv y principios del xvi era tal la afición a la fabricación de tapices, sobre todo en Francia, que hasta los trovadores y poetas se ocupaban en inventar asuntos para que los artistas los representasen en sus lienzos.

En casi todos se descubre ya, a través de una sátira generalmente delicada, el germen de las ideas revolucionarias que más tarde habían de conmover y transformar á la sociedad.

Henri Baude, poeta del siglo xv, dió con el nombre de *Dicts Morauls* una colección de asuntos para el objeto indicado. En medio de la sencillez que los distingue, sobresale en la mayor parte una crítica fina y un espíritu profundo y observador. Copiaremos como documento curioso y en extremo raro, uno de ellos.

El poeta figura «ung bonhomme, regardant dans un bois ouquel a entre deux arbres une grant toile d' eroigne. Ung homme de Court luy dict:»

Tras de estos tapices quedaban ocultas las puertas secretas que había en los aposentos. En el palacio de que nos ocupamos existen muchas de esta especie, habiendo cuarto, de reducidas dimensiones, en el que se cuentan hasta ocho.

También se descubren en los muros los garfios de donde pendían los tapices. Encima de estos solía haber algunas pinturas, y por último, los techos, de madera, estaban cubiertos de artonados.

Los del palacio se distinguían por su riqueza y algunos eran completamente dorados.

Uno de los aposentos, que parece ser el llamado *de la Reina*, presentaba una singularidad de que no hemos visto ejemplo ninguno, y que por lo mismo hace doblemente deplorable su destrucción.

Del techo de él, también dorado, pendían innumerables cadenillas de un pie de longitud próximamente, que en su extremo inferior tenían un delgado disco de cobre de unos cuatro centímetros de diámetro. El viento al penetrar en la habitación ponía en movimiento las cadenillas, y los discos, entrechocándose, producían una extraña armonía.

¿Era este singular decorado un simple adorno, ó tenía algún otro objeto? Tal vez pudiéramos dar alguna

•Bonhomme, diz moy, si tu daignes,
•Que regarde-tu en ce bois?

LE BONHOMME.

•Je pence aux toilles des ereignes
•Qui sont semblables a nos droiz:
•Grosses mouches en tous endroiz
•Passent; les petites son prises.

LE FOL.

•Les petitz sont subjectz aux loiz,
•Et les grans en font a leurs guises. •

explicación que fuera verosímil, pero no teniendo datos ciertos en que apoyarnos nos abstenemos de toda hipótesis.

El pavimento, que en algunas estancias estaba cubierto de tapices, era, por lo general, de ladrillos muy superiores a los que ahora se usan. Los había de bellísimos dibujos esmaltados y con ellos se formaban combinaciones de sorprendente efecto.

En 1405 Doña Leonor mandaba pagar el gasto de poner esteras de junco, al uso de Aragón, en el cuarto del Rey y en el suyo, «*por tirar (quitar) los fríos de los adrieillos.*»

Aun cuando algunos han creído ver en el palacio de Olite reminiscencias de las construcciones moriscas, nada absolutamente hay en él que justifique esta opinión. Lo único que recuerda el arte oriental es algunos restos de atauríques mudéjares, con arabescos y entrelazos del mejor gusto, los cuales formaban parte, sin duda, del decorado de uno de los aposentos.

Las chimeneas que se ven en muchos de ellos, arruinadas en su mayor parte, carecen de esculturas y se distinguen por su sencillez. Todas son distintas, y su examen podría ser de interés para el arte, pero desgraciadamente, las más curiosas son las que se encuentran en peor estado. Únicamente mencionaremos la que existe en el aposento de la Reina antes citado, por ser la que mejor se conserva, y otra que se halla casi enterrada entre los escombros, debajo del Salón de Cortes, y es notable por la disposición de sus capiteles, del primitivo estilo ojival.

Delante de estas chimeneas se colocaban bancos de madera esculpida, de altos respaldos, (idénticos completamente a los *escaños* que todavía se usan en todas las cocinas de la montaña de Navarra,) y en derredor del hogar, donde ardían enormes troncos, se agrupaban

los habitantes del castillo y pasaban las tristes veladas del invierno contando leyendas o escuchando las maravillosas relaciones de los *romeros* a quienes daban hospitalidad y las proezas de sus antepasados.

Todos los aposentos y corredores tenían su nombre especial, que según la costumbre de la época tomaban de alguno de los objetos que contenían, o de los asuntos representados en los tapices y pinturas que cubrían sus paredes.

De algunos documentos é inventarios del siglo xvi y posteriores, hemos logrado entresacar los siguientes:

Paso de Sant Martin.

Paso de los Lebreles, (revestido de azulejos).

Terrado y corredor del juego de pelota.

Corredor del recibidor de la Sala grande.

› *de los Cipreses.*

› *del Sol.*

› *llamado el Çambrelado.*

Cubierto cabe el Algibe.

Pasadizo de la Caba.

Estrecho y paso para las torres.

Paso de las Cuatro ventanas.

Pabellón sobre la capilla de los Angeles.

› *del aposento de las mujeres.*

› *de la Nao.*

Sala de los lazos, (con techo dorado).

› *de los escudos.*

› *grande del cuarto viejo.*

› *nueva de las tres Coronas.*

› *de los Angeles. (1)*

› *de la Celosía.*

(1) El tejado de esta Sala era de losa. «Tenía una chimenea, tres puertas, diez escudos, veinte ángeles y sus armas reales a los lados; todo dorado.»

Sala de la Audiencia de Corte.

» **de Corte.**

» **de las Armas.**

» **del Vínculo.**

» **del Clerzo.**

Aposentos de sobre San Jorge.

» **bajos.**

» **sobre los graneros.**

» **del Tinelo.**

» **del cuarto viejo.**

» **de la Nao.**

» **sobre la cocina.**

» **de la Torrecilla.**

» **llamado «el Oratorio.» (1)**

» **de la Reina. (2)**

» **de los Perros.**

» **del Dosel.**

» **de la reja que sale a la Plaza.**

» **del Cancel.**

» **de la Necesaria.**

Aposentillo junto al Çambrelado.

Cámara entablada.

» **de los Laureles.**

» **de las Tres coronas.**

Tocador de la Reina.

Cambra luenga.

Cuarto nuevo.

» **del Rey.**

» **de los Escudos.**

» **de los Tapices.**

(1) Tenía este Oratorio el techo de plomo y el maderaje dorado.

(2) En este aposento parece que estaba el precioso techo dorado, con cadenillas y discos pendientes, de que antes se ha hecho mérito.

- » *de las cuatro ventanas.*
- » *del Retrait dorado.*

Camarilla del Archivo.

Camarin o Peinador de la Reina.

Juego de Requeta.

Antesala al subir de la escalera principal.

Salón grande, con tres aposentillos contiguos.

Dormitorio del Rey con ventana a la Paxarera.

- » *de la Reina. (1)*

Por los mencionados inventarios se comprende que había muchísimos más aposentos, pero no figuran con nombre ninguno que los distinga entre sí. (2)

El palacio de Olite encerraba en su recinto una gran capilla dedicada a San Jorge. (3)

De ella no quedan hoy más que los muros exteriores, habiendo desaparecido por completo la bóveda y divisiones del interior.

A pesar del estado de ruina en que se encuentra, su estudio es interesante por demás y nos suministra una nueva prueba de la influencia del arte francés en Navarra.

Efectivamente; sus disposiciones generales son las mismas que se daban allende los Pirineos a las iglesias u oratorios de los Castillos y Palacios Episcopales.

(1) Su cubierta era de plomo.

(2) En uno de ellos, contiguo a la galería o claustro de que ya nos hemos ocupado, se vé en las paredes un considerable número de agujeros circulares, bastante profundos, cuya boca o entrada tendrá unos cinco centímetros de diámetro próximamente. ¿Cuál puede ser el objeto a que se destinaba? ¿Formaba parte este aposento de la *paxarera*, como algunos pretenden, y eran los agujeros nidos artificiales, o conductos para una estufa o *hypocaustum* como suponen otros?

(3) San Jorge era considerado durante la edad media como la representación genuina del espíritu caballeresco, y las crónicas y leyendas casi habían hecho de él un mito cristiano.

Dividíanse aquellas comunmente en dos pisos, destinándose el inferior a la servidumbre y el superior a los señores. La Santa Capilla, o Capilla Palatina, de París, que es la que sirvió de tipo para la mayor parte de las construcciones de este género, presenta la misma división, y la de San Jorge en Olite era un recuerdo de esa joya arquitectónica, creación maravillosa y síntesis fiel de aquel siglo de fé y entusiasmo.

No se crea que tenemos la pretensión ridícula de igualar la Capilla de Olite con la Palatina relativamente al mérito y riqueza de la construcción y a la delicadeza y exquisito gusto de la ornamentación interior; nuestro único objeto al mencionar esta última es el consignar la analogía que en las disposiciones generales, y aún en algunos detalles de importancia, hemos notado entre ambas.

El inspirado Pierre de Montereau pudo dar libre vuelo a su fantasía e interpretar dignamente el pensamiento de San Luis sin preocuparse de los obstáculos que pudiera presentar su ejecución, pues contaba con artistas eminentes, obreros hábiles y recursos cuantiosos, de los que se carecía en Navarra. Así vemos que las admirables vidrieras que tan mágico efecto producen y dan un aspecto tan aéreo a la Santa Capilla, han sido suprimidas en la de Olite sucediendo lo mismo con las brillantes esculturas policrómatas que enriquecen a aquella.

Sin embargo, estamos persuadidos de que aunque más modesta, la Capilla de Olite debió estar decorada con esmero y que no se escaseó nada de cuanto pudiera darle brillo y lucimiento.

Lo mismo que en la obra del Santo hijo de Blanca de Castilla, se encontraban en Olite las habitaciones de los Reyes al nivel de la Capilla superior, y comunicaban con ella, destinándose la inferior, como queda dicho, a la servidumbre y hombres de armas.

Según parece, las literas y carruajes podían llegar hasta la puerta de la Capilla alta, donde había tribunas para los Caballeros y las Damas.

En el lienzo de pared en que se halla esta puerta, o sea el opuesto al altar mayor, se vé una ventana, con sus bancos laterales, encima de la cual hay dos grandes escudos de armas esculpidos, y sobre ellos dos rosetones de gracioso efecto. Además de esta ventana había otras varias, abiertas en los costados con marcada irregularidad y falta de simetría. (1)

De las paredes parece que colgaban ricos tapices (2) y una parte de ellas estaba revestida de azulejos, de los que todavía se conservan vestigios.

Sospechamos también, que, como en la Capilla Palatina, se empleó en la de Olite el vidrio aplicado a los muros, curiosísimo y por conocido sistema de decorado que imita perfectamente al esmalte. Tal vez con este objeto se tomó en 1407 a Juan Bares de Chiprena *una roa de vidrio blanco, otra de vidrio cárdeno, otra de vidrio claro e otra de vidrio verde e otra vermejo* sin contar otras muchas arrobas que ya había entregado anteriormente.

En el interior de la Capilla había *quatro pilares de bronze e en cada uno un ángel con su candelero* y un altar de San Jorge con su imágen. También se veía la

(1) Tierri, relojero, fabricó *«ciertos anillos dorados para las cortinas de la Capilla y Oratorio del Rey dos arneses de fierro con sus guarniciones para tener el Paynon del Laboratorio.»*

(2) Se ocupaban en su fabricación, entre otros muchos, Lucian Bartholomeu y Juan Noyon, siendo digno de notarse que aquella se hacía en el mismo Olite. En 1413 mandaba don Carlos pagar *a cuatro fageros que llevaron el gran telar de los Brodaderos Tapiceros al palacio.*

Este Lucian Bartholomeu, o Bertolomeo, hizo *«un tapiz de Autaliza (debe ser Haute lisse) con las Imaguines de Sant Luis et San Nicasio»* para la Capilla de la Reina de los Palacios de Tafalla.

de Nuestra Señora, e unas tablas viejas doradas de pincel, con la Anunciación e la Asunción», además de otras pinturas y esculturas de madera. (1)

En la Capilla de San Jorge había órganos grandes, chicos y portátiles. (2) En 1413 el Rey mandaba pagar a Renal, o Renart, de Norduch, «Maestro de facer órganos, por el coste de adobar los de su capieilla de los palacios de Olite.»

También se entregó al mismo cierta cantidad por «valdreses, cola, tachetas, Argen vivo, planchas de arambre e otras cosas menudas para poner en debido estado los órganos de Santa María.»

La Capilla de San Jorge encerraba alhajas de gran valor, regaladas en su mayor parte por los reyes.

El arte de la Orfebrería, que tanto desarrollo había adquirido desde las Cruzadas, se hallaba entonces en todo su esplendor; si las obras de los siglos xiv y xv habían perdido algo de la severa sencillez que caracterizaba a las de los anteriores, en cambio se distinguían por una elegancia y delicadeza exquisitas.

Los magníficos donativos que los monarcas y señores hacían a las iglesias, y el lujo que iban introduciendo en sus palacios, permitían ejecutar obras de una riqueza inmensa, debiéndose a esa protección poderosa el que este arte llegase á un grado de perfección que ningún otro alcanzó, quizá, durante la edad media.

(1) Entre otros varios artífices, Carlos el Noble hizo venir de Francia al Maestro de Carpintería Estevanin le Riche. Enrric de Zaragoza y Jaymet, pintores, trabajaron también en el Palacio. Este último residía en Pamplona y pintó 226 escuxonnes para los Onores de Mosen P. de Navarra.

(2) Los órganos portátiles se coraponían de una caja que encerraba dos órdenes de tubos, con un teclado delante y un fuelle detrás. Este se movía con la mano izquierda o por medio de un pedal, mientras que la derecha recorría el teclado. Los órganos de esta clase se colocaban en las rodillas o sobre una mesa, llevándolos también algunas veces colgados del cuello.

Por desgracia, de esas admirables joyas quedan rarísimos ejemplares en Navarra, y puede decirse que únicamente conocemos su existencia por algunas cuentas que yacen olvidadas en nuestros archivos.

Largo é interesante sería el catálogo de ellas si hubiéramos de enumerarlas todas, pero esto necesitaría un trabajo especial y por hoy nos limitaremos a mencionar algunas alhajas de las que formaban el Tesoro del Palacio de Olite en la época de su edificación.

En 1408 el Rey pagó ciento doce libras fuertes á Berdollet de Samazain, mercadero, «*por ciertos anillos de oro, cruces chicas de oro con piedras de Jacinta, Diamantes, Esmeraldas, Sáfires, etc.*» que le había comprado *por la fiesta de Pascua de Quaresma et despues.*

También mandó hacer a Daniel de Bonte (1) «*una Aiguera de plata sobredorada et un Incensero de plata blanca*» para su Capilla Real.

Con destino a la misma se hicieron *quatro candeleros de plata dorados et esmaltados con sns armas a los Lebreres, que pesaban treynta et nueve marcos siete onzas, dos esterlingues et medio et una campaneta de plata et dos Ampoillas de plata, dos cálices de plata con sus patenas et un estuy de corporales bordado.*»

En 1411 compró el Rey a Perrin Freset, Argentero de París, dos imágenes, la una de Santa María y la otra de San Juan Evangelista, que pesaban diez y ocho marcos de plata menos una onza a razón de quince escu-

(1) Tal vez fuera este Daniel de Bonte pariente del célebre *Corneille de Bonte, le Gentil Gantois*, a quien el poeta Jean Lemaire, secretario de Margarita de Austria, cita en su obra titulada *Couronne Margaritique* como uno de los mejores artistas de su tiempo. Nada tendría esto de extraño, pues en aquella época Gante y Limoges proveían de *Orfèvres Emailleurs* a muchas Cortes de Europa.

dos por cada marco, y otras dos imágenes de plata, sobredoradas como las anteriores, la una de San Pedro y la otra de San Pablo, de peso de treinta marcos, dos onzas, quince esterlingues, a razón de 18 escudos por marco. También se le pagaron *«veynte et un francos et medio por dos pies de cruces obrados para su Capieilla.»*

Sin duda que Perrin Freset y Conrrat de Roder, *argenteros de Paris*, vinieron a Olite llamados por el Rey, pues en ese mismo año manda que se les entreguen ochenta y cuatro francos (contando 9 francos por 8 escudos) *«para su retorno.»*

No eran los artistas franceses los únicos a quienes se encargaban objetos de Orfebrería; también se traían joyas de Barcelona y otros puntos. Entre otras muchas que se hicieron venir de esta ciudad sobresalía por elegancia un *«grant Bazin Darambre de obra moica a lazos de oro et de plata.»*

Así mismo se adquirieron de un mercader de Aragón varias alhajas, entre ellas *«una Aguila de plata sobredorada, con su grant pie, con una piedra de Virtud colgada del pico.»*

Para dar fin a esta ligera reseña de las joyas, que si hubiéramos de completar sería interminable, recordaremos una cláusula del testamento de la Reina doña Leonor. En ella manda que se dé a la Capilla donde fuese enterrada cuanto hubiese en la suya, que era *«una cruz de oro de los Camafeos et otras piedras, otra cruz de plata con su cruzifijo, en que ay quatro Marcos, un calice de plata con su patena en que ay dos Marcos, unas Ampoillas de plata en que ay un Marco, un Azensario de plata con su Navera en que ay quatro Marcos, un Azetre con su Isopo en que ay tres Marcos, una lampara de plata en que ay tres Marcos; que sean puestas en eilla mis armas; mas un Reliqa-*

rio de cristal con ciertos pilares de jaspe, en que hay once Marcos de plata, que es para levar el Cuerpo de Dios, el quoyal Reliquario hizo Daniel» y otros ornamentos. (1)

No eran éstas las únicas riquezas artísticas que encerraba el Palacio de Olite. Los Reyes poseían precio-

(1) Aun cuando no se dice en qué Capilla existían estos objetos, estamos persuadidos de que era en la de Olite, pues el testamento está fechado en esta villa.

Excusado es decir que las joyas de que doña Leonor dispone eran únicamente las de su capilla o altar especial, pues en la de San Jorge había muchísimas más como ya hemos visto.

La mayor parte debieron desaparecer para mediados del siglo último, porque cuando en 1778 se entregaron las que existían al capellán interino D. Francisco Pastor, tan sólo figuraban en el inventario las siguientes: «*un cáliz de plata con su patena y cucharilla de lo mismo y dicho cáliz tiene las armas reales y un rótulo en que dice es del Palacio y Capilla Real de Olite, año de mil seiscientos treinta y ocho. Mas un platillo con sus vinaxeras y campanilla todo de plata, y en las cuatro piezas se hallan gravadas las armas reales. Mas en el altar se alló un Santo Cristo pequeño de bronce.*»

Aun cuando sea separándonos de nuestro asunto, vamos a copiar la cláusula del testamento en que la Reina enumera sus alhajas, por considerarlo en extremo curioso: héla aquí:

«*Mando et quiero que aya la dicha Infanta doña Isabel mi fija de mis joyas que yo tengo esto que se sigue: una cinta de oro guarnida de balaxes et çafires et de perlas: una águilla de oro goarnida de piedras preciosas et de perlas, la quoyal tiene un rubí en el pico: un gubilete de oro que tiene de fuera al derredor unas figuras de Reyes esmaltados et tiene en la cubierta al derredor una corona de oro con piedras de aljofar et encima dos berdugos (sic) de oro con ciertas perlas et mas quarenta granos de aliofre grueso etc. et mas siete balaysses de los meiores etc. et mas una sortija de oro que tiene un diamante grueso. Item mando al Rey mi Seynor la copa de la piedra de Agata con su pié et sobre copa de oro, que sea para eill et para los Reyes que del benieren. Item mando al Rey de Castiella et my sobrino una cruz de piedras preciosas et de aljofar con una cruz de lignum Domini que está en mi arg.^a Item mando al Rey Daragon mi sobrino la ymagin de Santa Maria que es de oro que tiene.... çafires.... balaysses et.... granos de perlas etc.»*

sos libros manuscritos, adornados con brillantes miniaturas.

Contra lo que creíamos, Navarra contaba con artistas de mérito que se dedicaban a este género de pintura. En 1407 se pagó cierta cantidad a Maestre Juan Flamen, Notario, *por las oraciones devotas que puso por mandamiento del Señor Rey en el Salterio, en el quaal dice cada dia sa maitinada, et a Juan de Egues por apareyllar las clauseras del dicho Salterio.* También se pagó a Sancho Daoiz, Abad de Urroz, por *aparejar ciertos libros del Rey, que eran «el Leccionero et el Dominical et el Responsero Santoral, el Epistolero Salterio el Evangelistero, el Misal et por escrebir las formas de las Juras en dicho Misal.»*

En el mismo año, Pedro García de Egrior recibió doce escudos, a 46 sueldos 8 dineros, *«por un libro dó son las oras de Santa María obsequio et otras oras et oraciones devotas, iluminadas de oro»* que el Rey le tomó y dió a su hijo Godofre. Pedro Ibanes de Lecumberri vendió también a los Reyes manuscritos con miniaturas, y hacia el 1412 trabajó para el palacio Juan Clemens, *«iluminador»* de Pamplona.

Para el servicio religioso había en la capilla real varios sacerdotes. En 1411 María Juan de Berastegui, costurera, hizo *«veynte grandes sobre pellizes para los capellanes de su Capieilla»* y *«un sobre pelliz de Prellado»* y *«quatro chicos sobre pellizes para los escolares de la Capieilla.»*

Por entonces se pagaron también a Juanico de Abárzuza *«las echuras de opalandas, calzas, frontales, cotardías, jubones, capirotos, etc. que se hicieron «para los clérigos chicos de su Capieilla», para Godofre, su hijo bastardo, y otros.*

Además de estos clérigos acudían con frecuencia al Palacio, donde se celebraban con gran pompa las festi-

vidades de la Iglesia, religiosos de distintos conventos de Navarra, y aun de fuera del Reino. (1)

Debajo de la Capilla de San Jorge existe un subterráneo que por su situación parece a primera vista una Cripta, pero examinándolo con detención nos hemos convencido de que era simplemente un silo, o más bien una bodega, como lo indican los nichos que en él se ven y se destinaban sin duda a la colocación de algunas cubas.

Además de la gran capilla de que nos hemos ocupado y contigua a ella había otra, en extremo pequeña y privada de luces, cuya planta es un cuadrado perfecto. En los cuatro ángulos tenía columnas con sencillos capiteles del estilo románico-ojival, y de ellos arrancaban los nervios de la bóveda. Ignoramos si era la llamada *Capilla de los Angeles* o el *Oratorio*. Hoy se halla convertida en bodega!

Las habitaciones de los Reyes y la Capilla de San Jorge comunicaban por medio de pasos o corredores con las tribunas de la hermosa iglesia de Santa María, contigua también al palacio.

Estos corredores estaban revestidos de azulejos notables por su pequeñez, pues tendrán de 6 a 8 centímetros en cuadro.

La terminación o cubierta de los torreoncillos, garitones y corredores era de plomo.

(1) En 1408 fueron a predicar Fr. Pedro del Burgo, el Custodio de San Francés y Fr. Juan de Blesa, «*Maestro en Lógica del Convento de Olit, el qual predicó el Juéves de la Cena en la Capieilla delante del Rey, et varios esclavos se volvieron christianos.*»

En 1410 la Reina hizo ir a D. Jaymes, Prior de Vellat, Canónigo de Pamplona, «*por decir delante deilla el Evangelio en su Capieilla a la Misa del dia de la Natividad.*»

Las funciones de Semana Santa se celebraban con mucho aparato en el Palacio: los Reyes lavaban los piés a los pobres y hacían traer palmas de Barcelona, para el día de Ramos.

En 1599 se pagaban los portes de *ciento catorce planchas de plomo* que se trajeron desde Pamplona. Poco tiempo después se volvieron a traer algunas planchas más y en 24 de Septiembre del mismo año se pagó la cantidad de veinte reales «a Salvador Cofin vecino de Arguedas, carretero, por haber llevado en su carro a Joan Corona y otros quatro compañeros, fundidores de plomo, para dreçar el Corredor del Sol.» (1)

Del mismo modo que en el célebre Chateau de Couzy, y otros de la época, existe en el de Olite un vasto subterráneo, que se extiende por debajo de la plaza pública, destinado sin duda a la comunicación del palacio con la ciudad. Su bóveda está sostenida por robustos arcos ojivales, y son tales sus dimensiones, que por las calles que estos forman puede transitar la caballería. En la actualidad la entrada que tenía por el interior del palacio está cegada y solamente puede penetrarse en él levantando una pesada losa que se halla en el centro de la plaza mencionada.

Además de los jardines suspendidos, de que nos hemos ocupado, rodeaban al palacio deliciosos huertos (2) y según la tradición hasta un extenso parque.

El Palacio real de Olite sufrió un incendio a fines del siglo pasado: en 1794 la Cámara de Comptos dió un informe acerca de la responsabilidad de que solicita-

(1) Hacia el año de 1605 se vendieron a un vecino de Zaragoza trescientas sesenta arrobas de plomo que se quitó de los tejados, y veinte quintales a la villa de Olite, a treinta reales quintal.

(2) Martín de Fuentes, barquero de Tudela, trajo por agua desde Tortosa hasta esta ciudad «*Toronjalles Murta et muchos otros diversos fruytales*» para los jardines de Olite. Cuidaba de estas plantas, entre otros, Matheu Serra, a quien se hizo venir de Valencia y se pagaban 8 sueldos diarios. Para regar los jardines llamados de los *Toronjalles et Limonalles* «*hizo caynos de leton et de plomo*» el relojero francés Juan Despernon.

ba libertarse D. Joaquín de Ezpeleta, Alcaide del Palacio, por el incendio que resultó de haber acuartelado tropas en él.

Durante la guerra de la independencia el general Mina incendió también el célebre edificio para impedir que lo utilizaran los franceses, y más tarde las cubiertas de plomo de sus torreoncillos y garitones se fundieron para hacer balas. (1)

Apesar de todo, aún se conservaba en regular estado después de esa terrible lucha, pero desde esta época el vandalismo de los hombres ha hecho lo que no pudieron conseguir la furia de los elementos y el transcurso de los siglos.

Mirado con una indiferencia criminal por la ciudad de Olite, que le debe toda su importancia; descuidado de un modo vergonzoso por los mismos que hubieran debido ser sus conservadores y fieles custodios, el venerable monumento, en cuyos mutilados muros se lee con caracteres majestuosos la historia de un reino, ha sufrido toda clase de profanaciones. Algunas partes de él han sido destruídas para reparar casas, levantar tapias, o empedrar calles, y otras utilizadas para bodegas o estercoleros. . . . !!

(1) Del parte oficial que el general Mina dirigió al Excelentísimo Sr. D. Gabriel de Mendizabal en 16 de Febrero de 1813 comunicándole la rendición de Tafalla, copiamos el párrafo siguiente, en que se hace mención del hecho a que nos referimos.

«Así ha fenecido el sitio de la plaza de Tafalla, y tal ha sido el resultado de su guarnición después de tres años de pacífica posesión, a la que yo jamás pude oponerme por la falta de artillería. Concluída esta operación he mandado destruir el fuerte y demoler todas las obras de fortificación, así como también un convento inmediato, que fué de Recoletas, y un palacio contiguo, por considerarlos a propósito para establecer guarnición el enemigo. *Lo que igualmente he executado con otro convento y palacio de Olite, a fin de tener espedita la carretera desde Pamplona a Tudela, y obviar que el enemigo pueda cobijarse.*» etc.

Al recordar tan escandaloso abandono, el rubor asoma a nuestro rostro y la indignación detiene nuestra pluma, que si dejáramos correr estamparía frases y calificaciones merecidas, pero inútiles ya hoy.

El General Mina al incendiar el Palacio de Olite cometió un acto que todos los amantes del arte y de la historia deplorarán siempre; sin embargo, le disculpan las duras necesidades de la guerra y el noble deseo de la salvación de la patria, ante lo cual desaparecen todas las demás consideraciones; pero a los que desde esta época vienen destruyéndolo, impulsados únicamente por la codicia y el miserable interés, no hay nada que pueda justificar.

Triste es decirlo: mientras que en toda Europa se desarrolla más y más el movimiento restaurador, entre nosotros no pasa un día sin que se destruya alguna de esas admirables creaciones de nuestros artistas de la edad media. En estos mismos momentos, al paso que en Olite se escucha el estruendo que producen al derrumbarse los majestuosos restos del palacio, en la vecina Francia, el Chateau de Pierrefonds, entre otros muchos, resuena con la algazara de los obreros que le devuelven su antiguo esplendor.

¡Venerables ruinas! No recordais, sin embargo, como tantas otras, violencias, sangre e injusticias; no habeis sido una amenaza para el pueblo que se extiende a vuestros piés, sino su égida; no simbolizáis la opresión y la tiranía, sino que representais la grandeza del pueblo navarro, que supo conservar su independencia a través de los siglos, y que solo colocaba la corona sobre la frente de sus caudillos después que éstos la habían inclinado ante sus sacrosantas libertades! ¡En nuestro insensato afán de destruir, ni aun hemos dejado que la naturaleza, más compasiva que el hombre, extienda su manto de hiedra sobre esos descarnados flancos, cu-

briendo vuestra desnudez y ocultando las huellas de nuestro vandalismo!!

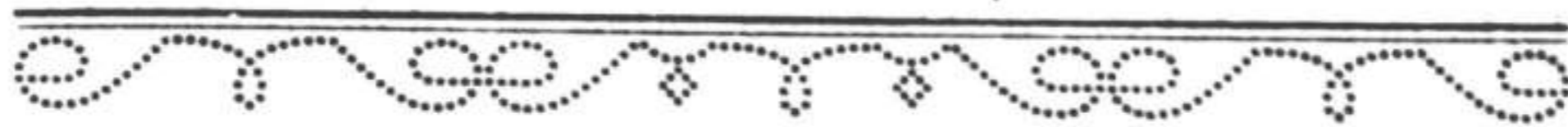
La grandiosa morada de Carlos el Noble está arruinada; difícil es su restauración, pero ya que ésta no se emprenda, sepamos al menos respetar y hacer respetar, tan venerables restos.

El pueblo que mira indiferente los monumentos de sus pasadas glorias es indigno de ocupar un lugar en la historia, y doblemente criminal cuando el pasado es tan brillante como el del antiguo reino de Navarra.

Día llegará en que España lllore y se avergüence de su vandalismo e indiferencia. ¡Quiera Dios que no sea demasiado tarde!

Pamplona 30 de Junio de 1870.





Manuscrito curioso del Siglo XV



Hace algún tiempo que la prensa se ocupó de un manuscrito encontrado en el Museo Británico de Londres por el sabio Académico español D. Pascual Gayangos, manuscrito que consistía en la narración del viaje de un alemán que visitó España en el siglo XV, y que, por referirse a nuestra patria en tan remota fecha y por contener además algunos apuntes gráficos, excitó poderosamente la atención de los eruditos.

Este curioso documento ha sido traducido y publicado por la ilustradísima y modesta Señora doña Emilia Gayangos de Riaño, hija del Académico nombrado y esposa del Sr. D. Juan Facundo Riaño, Director que ha sido de Instrucción pública.

Habiendo sabido que en ese manuscrito se ocupaba el viajero alemán del Palacio de Olite, hubiéramos deseado ver algún ejemplar de la traducción; pero esto no era posible, porque destinando la respetable Señora de Riaño el producto de la venta del libro a una obra de caridad, y deseando que la venta fuese rápida, había hecho imprimir solamente cien ejemplares, fijándoles un precio muy elevado, y la edición se agotó, apenas fué anunciada, en Inglaterra.

Por fortuna pudimos hacernos con una copia literal

de lo que, relativo a Navarra, dice el viajero alemán, gracias a la bondad de nuestro querido amigo el señor D. Pedro de Madrazo, quien se tomó el trabajo de hacer dicha copia de su puño y letra, remitiéndonosla desde Madrid hace pocos días. (a)

El viajero alemán—cuyo nombre se ignora, pero que se trasluce debía ser de elevada alcurnia, y quizá encargado de alguna misión diplomática, según las atenciones que merecía a las personas reales,—se ocupa ligeramente y como de paso de nuestro país, en el que probablemente no se habría detenido. Sin embargo, las líneas que dedica al magnífico Castillo de Olite y a sus egregios moradores, alcanzan para nosotros especial interés y ésta es la razón de que las demos cabida en las presentes páginas. (b)

(a) Debió ocurrir esto en los comienzos del presente siglo XX.

(b) Nosotros, hoy, al dar a la publicidad esta cuarta edición de la Memoria que el año 1870 dió a la imprenta, por vez primera, nuestro muy llorado y siempre recordado Vicepresidente y maestro, ejemplo de intachables caballeros, en cuyo modelo nos inspiramos en todo instante, sin separarnos ni un ápice del honroso sendero que nos dejó trazado, de amor a la Historia y al Arte navarros y del más acendrado respeto a la verdad histórica, sin apasionamientos ni influencias de ningún género (aunque alguno sin autoridad bastante haya opinado de otro modo), nosotros, repetimos, que nunca omitimos sacrificio ni esfuerzo alguno para dar a nuestros trabajos el sello máximo de autenticidad y exactitud, más afortunados que nuestro nombrado maestro, hemos logrado adquirir un ejemplar del libro publicado por la Señora de Riaño y queriendo dar a nuestros lectores el goce de contemplar en su mayor semejanza el original que nos ocupa, incluímos entre las ilustraciones de este folleto, unos fotograbados del original mencionado; con ellos a la vista, nuestros lectores echarán de ver que si el repetido viajero supo describir escribiendo, las impresiones de su estancia en Olite, en cambio estuvo poco hábil en reproducir con el lapiz aquel maravilloso monumento que, aun mutilado como le vemos actualmente en sus torres, almenas, galerías, ventanas y corredores, no ofrece semejanza con el venerando alcazar de los navarros reyes del siglo XV.

«Me fui al Reino de Navarra pasando por muchas poblaciones en las que observé costumbres harto raras. Hay en aquella tierra pocas fuentes, y sus habitantes beben agua llovediza. (1) Caminando pues por dicho reino llegué a una buena ciudad llamada Olite, en la cual estaba el Príncipe que por entonces era Rey de Navarra, pues el Reino entero le obedecía más que a su mismo padre (2) el cual andaba enemistado con su pueblo. Llevóme un heraldo ante dicho Príncipe o Rey, el cual era muy joven: tratóme amistosamente, hizo lo que yo le pedí y mandó que me condujesen al aposento de su mujer, que era de nacimiento de la casa de Cléves. (3) El heraldo me hizo ver el Palacio, seguro estoy que no hay Rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas etc. Vilo yo entonces bien; no se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuán magnífico y suntuoso es dicho palacio.»

«Condújome el heraldo a donde estaba la reina, la cual se hallaba a la sazón en el terrado del castillo, rodeada de sus doncellas solazándose y tomando el fresco debajo de un gran dosel: a su lado estaba el poderoso Conde de Fox (4) con el cual había estado ya antes. Arrodilléme delante de la Reina; díjola el Conde que debía hablar alemán conmigo, pero a ella dióle ver-

(1) Estas palabras nos hacen suponer que el viajero habría penetrado en Navarra por la frontera francesa vecina a Aragón, dirigiéndose desde Sangüesa en línea recta hacia el Palacio de Olite, pues no de otro modo se explica la observación del alemán. Las fuentes, como es sabido, son abundantísimas en las montañas de nuestra tierra.

(2) Este Príncipe es el célebre D. Carlos, príncipe de Viana, tan amado de Navarra, el cual, como saben nuestros lectores no llegó a ser coronado Rey, pero ejerció influencia tal como si lo hubiera alcanzado.

(3) Se refieren estas palabras a *Ines de Cleves*, esposa del Príncipe de Viana.

(4) El Conde de Fox, Gastón de Bearne, estaba casado con la hermana del Príncipe de Viana.

güenza y no quiso. Insistió el Conde diciendo que debía así hacerlo, y entonces ella lo hizo oficialmente y como por ceremonia, de cuyas resultas el Conde tuvo mucha broma con ella, haciéndome saber por medio de mi intérprete que la Reina deseaba que yo me despidiese de ella a la manera de mi tierra. Excusóse ella por vergüenza que la dió, pero el Conde lo quiso así y no cesó de divertirse y chancearse con la Reina hasta que hincada la rodilla en tierra la besé yo la mano según costumbre; fuíme después a sus doncellas, abracélas a todas una después de otra y besélas las manos, lo cual las disgustó sobremanera, mas la Reina quiso que así se hiciese. A la noche hubo danza y la Reina mandó por mí a mi posada para que asistiese, mas fué tal y tan fuerte la tempestad de lluvia y viento que se levantó, que según entendí después la fuerza del viento apagó las hachas.»

Todo esto que es bastante menos de lo que nosotros hubiéramos apetecido, es cuanto con relación al Castillo de Olite escribió el viajero alemán; y es lamentable que no nos dejara escritos otros más minuciosos detalles del suntuoso alcazar y del método de vida de sus nobles moradores, quien recibió los honores de tan franca hospitalidad, visitando aquel soberbio monumento cuando se hallaba en todo su esplendor.

Ello no obstante, hemos de reconocer que no carecen de interés esas pocas líneas transcritas. En ellas vemos trazado, con encantadora sencillez, un cuadro de familia que en cierto modo nos da idea del carácter afectuoso de los desgraciados y célebres Príncipes de Viana, como también se refleja con evidencia la suntuosidad del edificio que habitaban.

Cuanto dejábamos consignado en la Memoria publicada en 1870, sobre la excepcional importancia pasada de ese Castillo, así bajo el punto de vista histórico co-

mo en su aspecto artístico, deteniéndonos en describir las cámaras doradas, sus numerosas estancias de toda la variedad imaginable de decorados (las que según tradición, probablemente exagerada en la localidad, eran tantos como días tiene el año), los suspendidos jardines, las esbeltas torres, y robustos torreones, sus galerías de afiligranadas ojivas, sus amplios subterráneos donde podía evolucionar la caballería, la riqueza y fantástica elegancia de todas las habitaciones, sus adornos cerámicos, sus tallas en maderas, sus riquísimos tapices, (datos extraídos de los Cuadernos de cuentas coetáneos a la construcción del Palacio), pudo parecer a algunos hiperbólica nuestra descripción, fruto del deseo de enaltecer el glorioso pasado de nuestro Reino, y el culto que un Rey, justamente apodado «El Noble», rindiera a las Artes de su tiempo, desarrollándolas en Navarra con la mayor esplendidez imaginable.

Ahora el relato de ese viajero alemán, a pesar de su laconismo, comprueba plenamente la magnificencia del célebre monumento y es de notar el hecho de que quien debía, por su condición social, conocer los renombrados castillos alemanes y los de Couzy, Vincennes, Pierrefonds, el Louvre, el Temple y otros de Francia, asegure que «no hay Rey que tenga Palacio ni Castillo más hermoso y de tantas habitaciones doradas» como el de Olite, y que «no se podría decir ni se podría imaginar cuán magnífico y suntuoso era.»

Este testimonio debería enorgullecernos.... si no nos llenase de tristeza el contemplar el miserable estado en que hoy se encuentra el noble alcazar de nuestros Reyes y el compararlo con su esplendor pasado....

Verdaderamente; el Castillo de Olite es la representación genuina y fiel de la existencia política del Reino Navarro.

JUAN ITURRALDE Y SUIT (†)

NOTAS

Para depurar algunos datos del Sr. Iturralde no lleve a mal el lector de su brillante obrita sobre el Castillo de Olite que una mano extraña añada unas pocas líneas. Conviene en estos estudios aclarar erratas emanadas de la transcripción de documentos que por la mala conservación de los mismos o por torpezas e inhabilidad de los amanuenses, a veces por distracciones de la tipografía o de la escritura manual, se originan, nacidas muchas veces de la precipitación con que se preparan y corrigen los originales y pruebas, a fin de que la verdad resplandezca y evitar así que al amparo del nombre de un maestro se propaguen errores difíciles después de desarraigar.

En primer lugar, es cierto lo que afirma Iturralde que el palacio de Olite existía mucho antes de que pensara Carlos el Noble en levantar para los Reyes de Navarra una morada suntuosa. La nueva obedeció en parte al plano de la construcción antigua, en parte aprovechó lo ya construido en varias fechas que no es ocasión de puntualizar ahora. El examen de los signos lapidarios no destruye esta afirmación.

La personalidad del arquitecto o arquitectos autores de los planos está todavía en la sombra. Es cierto que no fué uno de ellos Xemens Lozano.

Lome de Tornay, como le llaman los documentos en la edición primera (que sirve de patrón de esta), no Lehome de Tortay, como por error de imprenta aparece, trabajó en Olite y en Tafalla, y dirigió por algún tiempo la obra de la catedral de Pamplona. De él y de su obra como mazonero y escultor hay preciosos datos que con-

viene publicar, y procuraremos dar al público tan pronto tengamos completado ese magnífico cuadro de honor.

El trabajo de moros fué considerable en Olite. Bajo la dirección de Lope *Barbicano* y otros llevaron a cabo importantes obras de carpintería en artonados, etc. Manejaban también el yeso con destreza, principalmente en los adornos de arabescos, y se les confió en parte la confección de los ladrillos de todos colores, dorados principalmente. En algún tiempo trabajaron también los domingos, a diferencia de los judíos que no solían trabajar los domingos ni sábados. Las esteras, en general, fueron obra de moros y judíos.

FR. F. DE MENDOZA.

Julio de 1923.



EPILOGO

La aparición de este libro el año 1870, hirió las fibras de los corazones navarros y promovió sentimiento público y movimiento unánime, con decidida tendencia a evitar el bochornoso espectáculo de la desaparición de esos vestigios que son retazos de nuestra Historia y que unidos constituyen al Palacio de Olite, en Sagrario del libro sacrosanto del pasado de Navarra.

La Comisión de Monumentos tomó sobre sí la carga de llevar a la realidad la patriótica aspiración: el aspecto legal de la propiedad del Castillo-Palacio, entretuvo muchos años en que sin dejar el asunto de las manos, hubieron de escucharse letrados y leyes a centenares, y salvar tantos escollos que convirtieron la tramitación en un Caribdis contemporáneo.

Ya la guerra civil había demorado notoriamente la solución apetecida; ya la avaricia de algunos, la codicia de otros, y la apatía de los más, obstaculizaron la solución ansiada; desaparecieron de las ruinas algunas toneladas de piedra labrada y sin labrar, se cotizaron a precio de almoneda esos residuos, se invocaron derechos, se fantasearon títulos y toda la variedad de los entorpecimientos constituyó una serie de barricadas que con tenacidad espartana fué conquistando esta Comisión, sin desmayar ante el voluminoso legajo formado con tantas y tan complejas gestiones de toda índole, sin haberse todavía llegado a una solución.

Surgió luego y tomó cuerpo entre muchos entusistas inexpertos, la idea de pedir la declaración de Monumento nacional para estas venerandas ruinas; y la Comisión hubo de ceder, contra su opinión, a esa deman-

da que llevamos a cabo con toda clase de antecedentes y reproducciones gráficas; y hasta llegó a informar el Excmo. Sr. Marqués de Monsalud, el 26 de Octubre de 1906, en sentido favorable sin la menor reticencia.

Harto sabíamos que la pobre asignación de los presupuestos de España es insuficiente, muy insuficiente, para atender a tantos monumentos nacionales como cuenta el país; presagiábamos, pues, que la solicitada declaración no evitaría, aun después de lograda, la pérdida del mágico Alcazar navarro, y por ello acordamos simultanear con esa gestión, la de adquisición del monumento por la Excma. Diputación, propiedad que al fin fué el camino adoptado, como se desprende de la siguiente comunicación fechada en 18 de Agosto de 1913:

«Excmo. Sr.:

Complace en el más alto grado a esta Comisión el acuerdo de V. E. que cita en su atento escrito fecha 13 del corriente, al cual nos apresuramos a contestar en breves líneas, porque cuanto es y cuanto representa en la Historia y en el Arte navarros ese invaluable vestigio del pasado esplendoroso de nuestro antiguo Reino, lo tenemos dicho y repetido hasta la saciedad, al llamar como lo hemos hecho a todas las puertas y en todos los tonos rogando con las más angustiosas voces del alma, una mirada de atención que traiga al pueblo navarro el mínimo lenitivo al dolor y al sonrojo de ver cómo desaparece a pasos acelerados ese sagrario de nuestras libertades y grandezas, el Castillo a la vez que Palacio Real de Olite.

El corazón se ensancha con la esperanza de ver al fin realizado en plazo breve el proyecto de V. E. patriótico como el que más; las lágrimas se contienen al

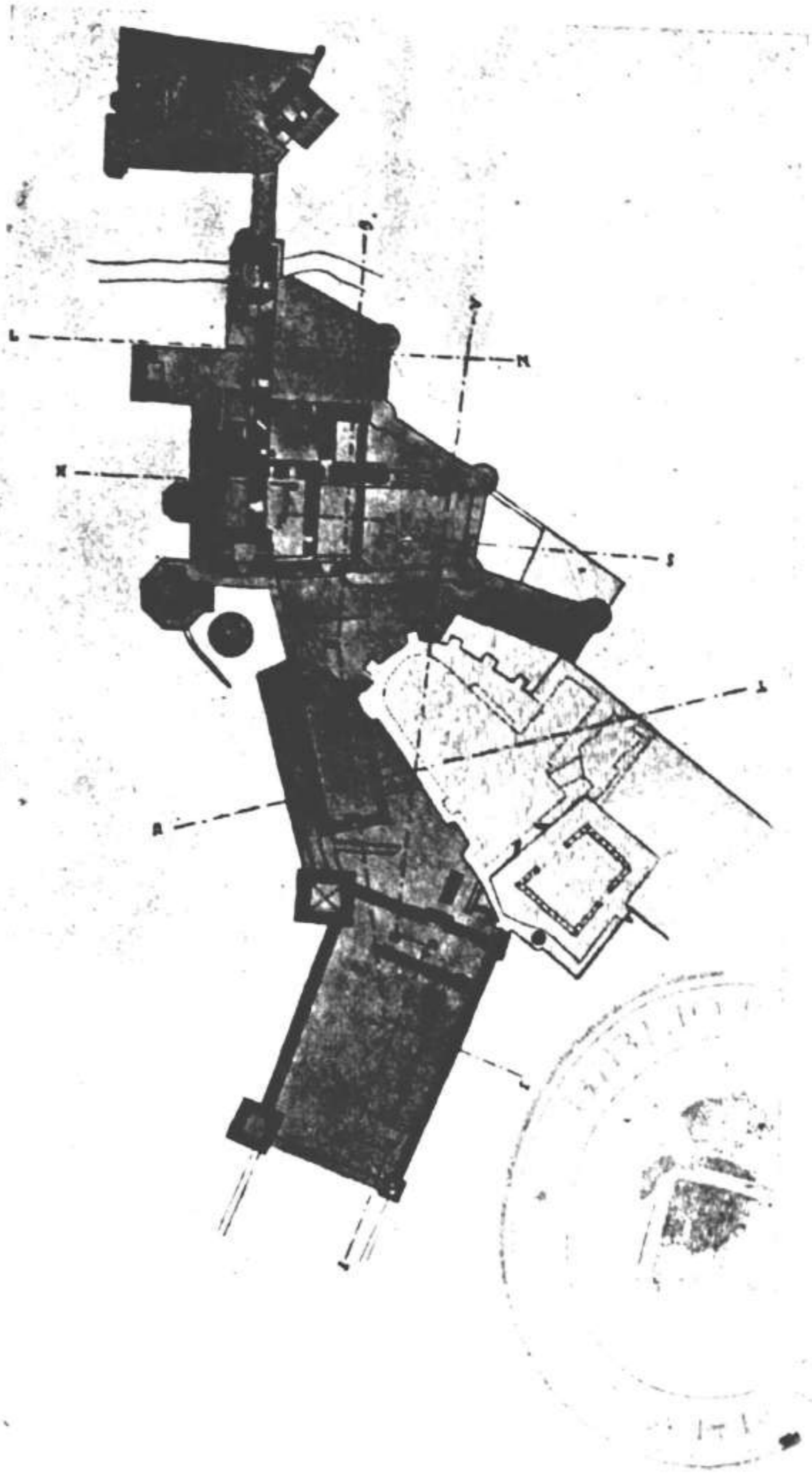
sino y perpetuo Presidente, el Sr. D. Arturo Campión, Príncipe de la literatura regional, «conocer la Historia de Olite es conocer la Historia de Navarra» en su segundo periodo.

En la Introducción hemos dicho los fines a que responde esta Monografía; al turista le bastará con lo que ella contiene; algún día, con el favor del cielo, haremos un libro que se acerque a lo que Olite merece.

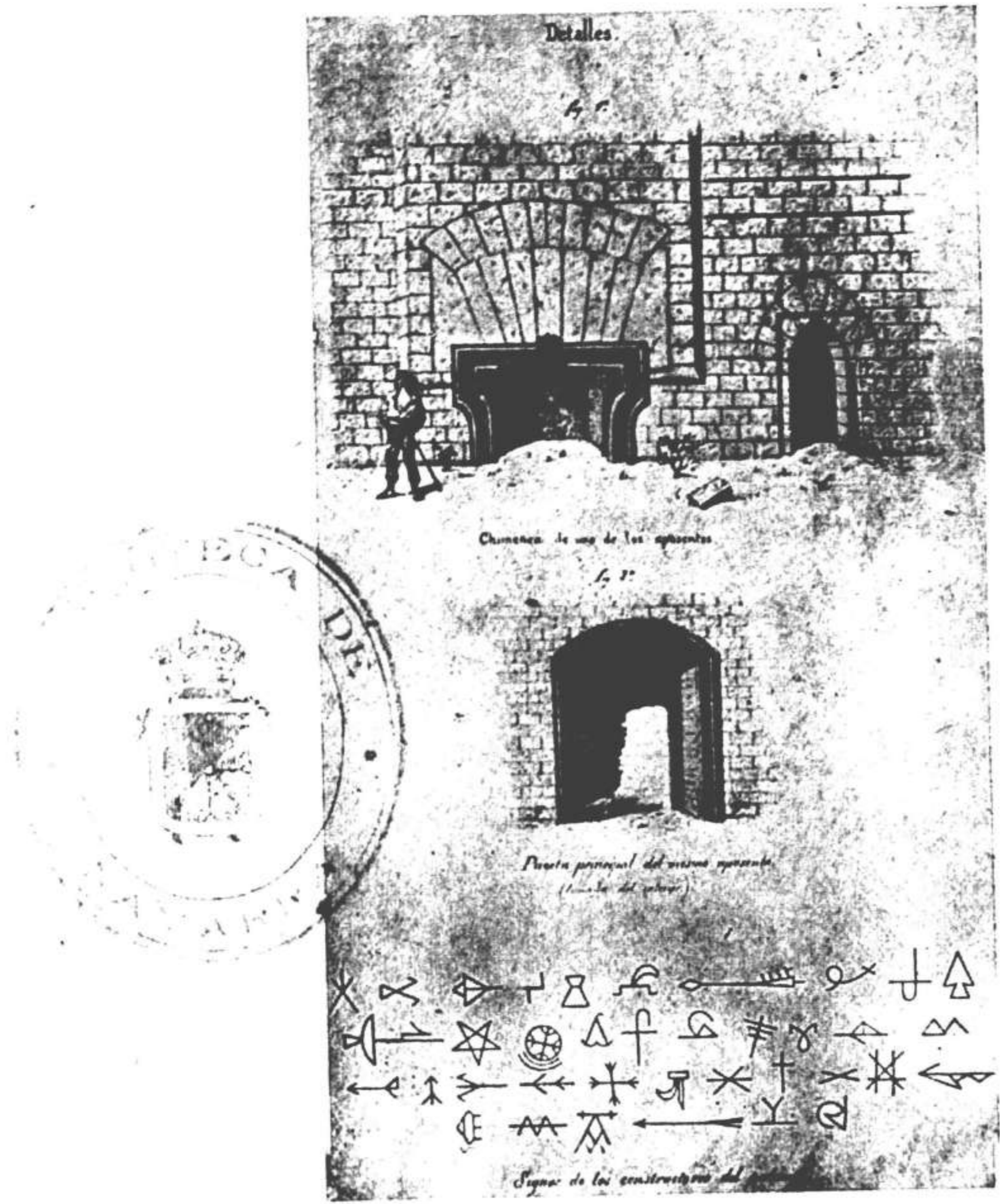
La Comisión de Monumentos.

De entonces, de aquel tiempo material recogido por nuestra Excm. Diputación Foral, arranca la salvación de esas ruinas y desde entonces, con incansante y amorosa predilección vienen trabajando en la consolidación, desescombrando, repulcándose y toda suerte de labores que, sin llegar por ahora a constituir una restauración, le pongan, sin embargo, en condiciones de recibir cómoda y seguramente, otorgando solidez a ciertos muros, galerías, voladizos, abarres, torres, aportando a mamparas, conchas, repisas, etc. etc. el bello y seguro, realizado escrupulosamente el ideal del pueblo de Navarra, con tanto cariño y desprendimiento recogido por la república Excm. Diputación.

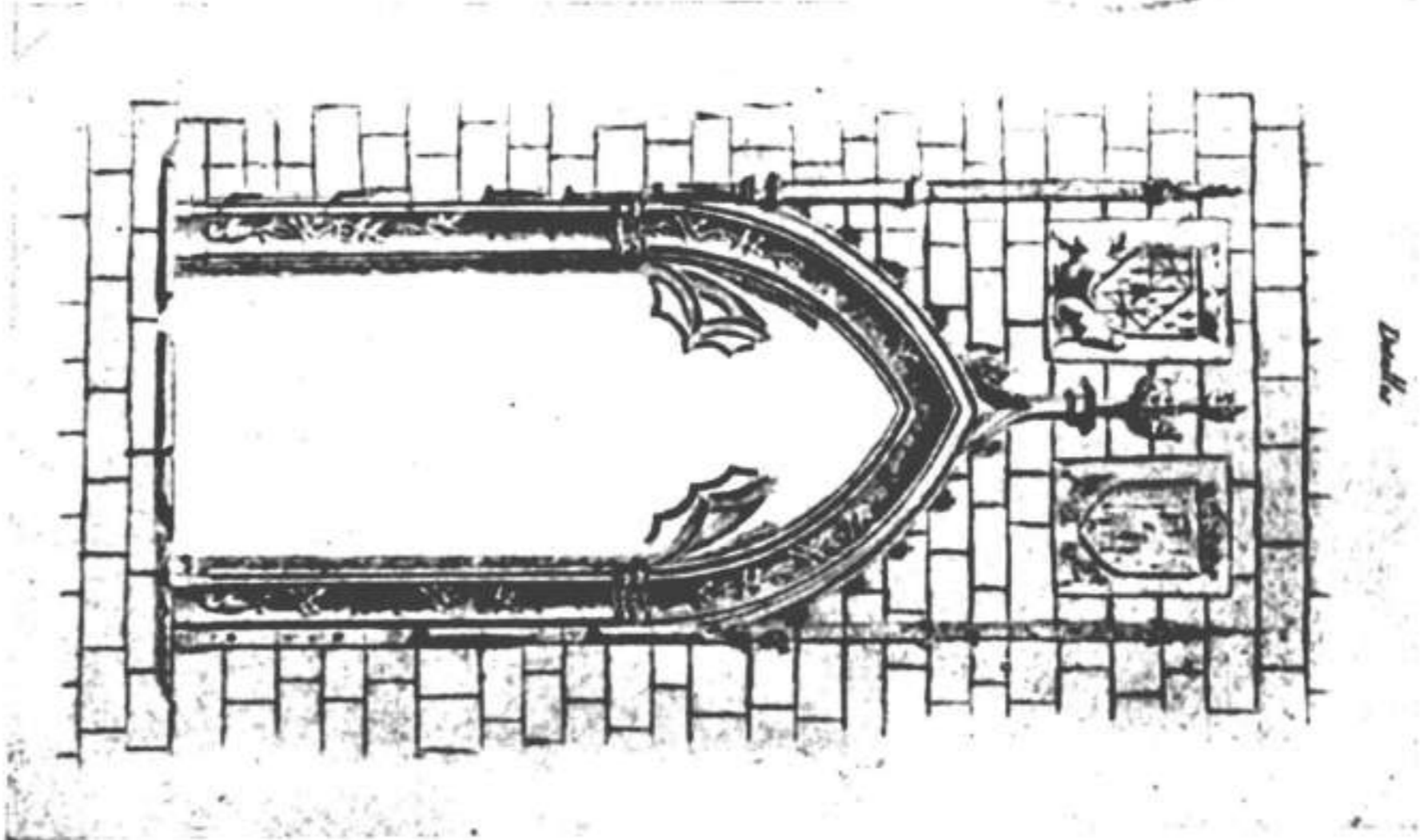
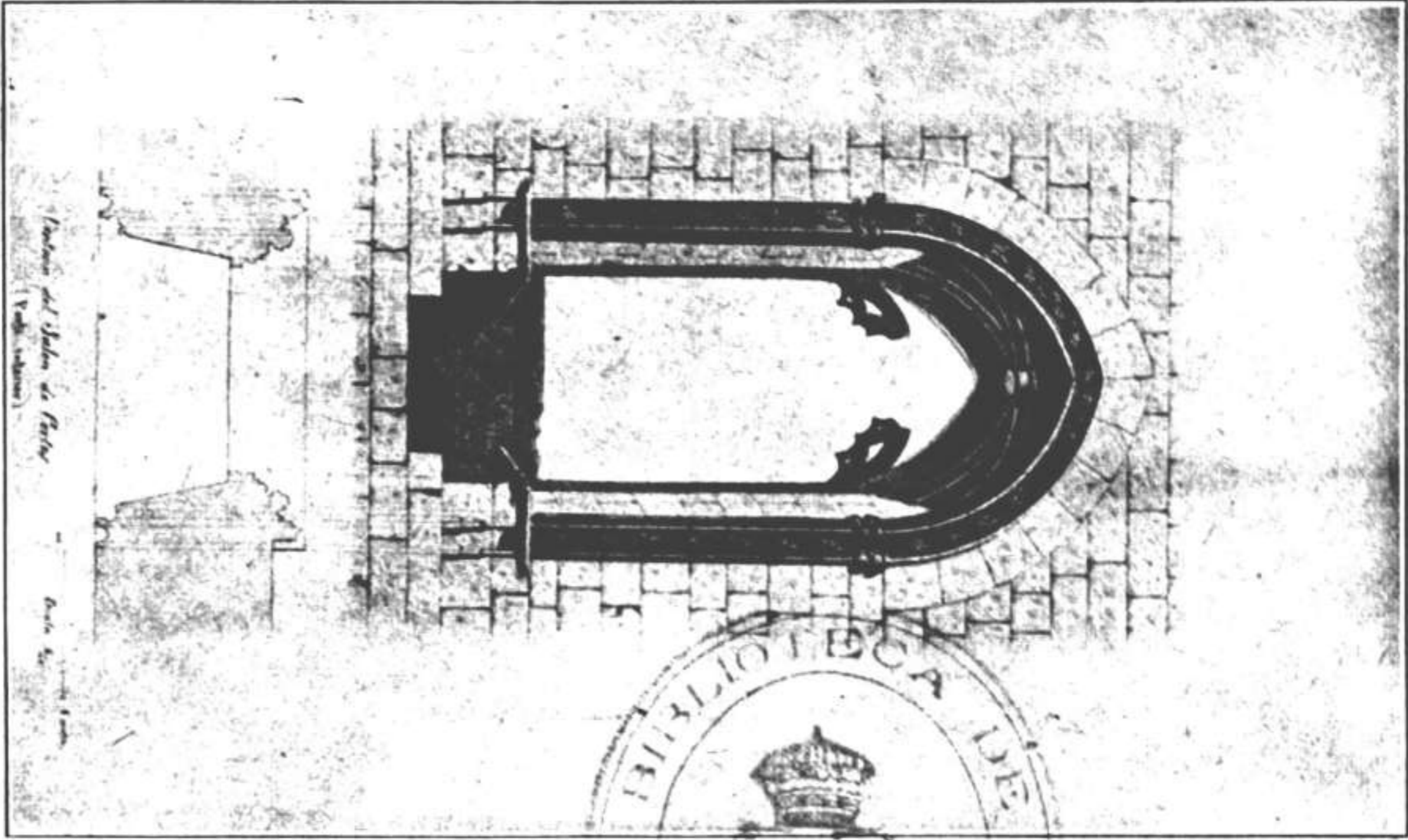
No será preciso consignar cuánta preferencia merece esta Comisión a ese monumento encandorado, su estudio y compendio de nuestros restos en el país de Olite y de la Historia de Navarra, porque como dijo el gran gran de los mejores historiadores de Navarra, nuestro digno



PLANTA GENERAL

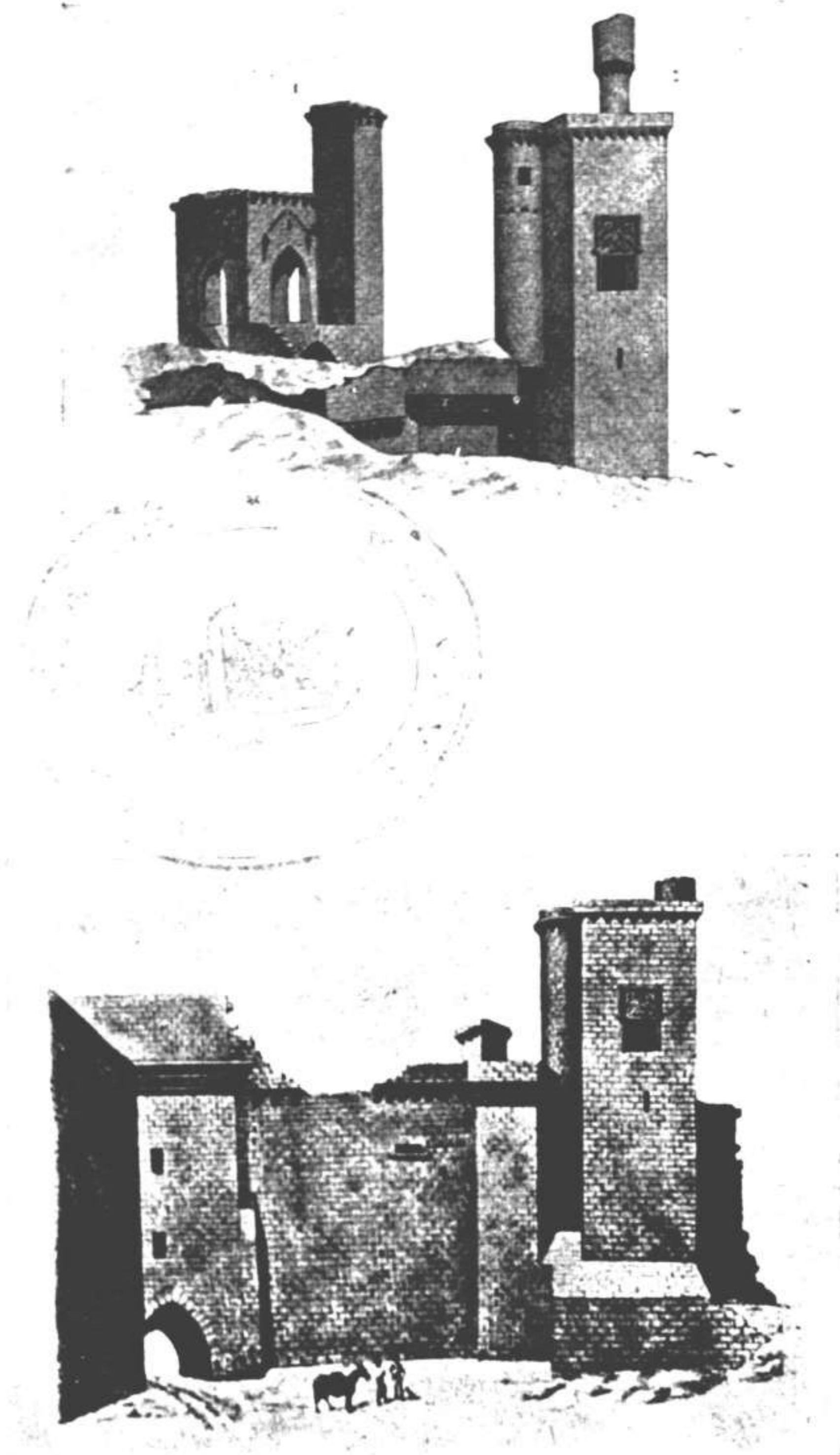


Detalles y signos lapidarios

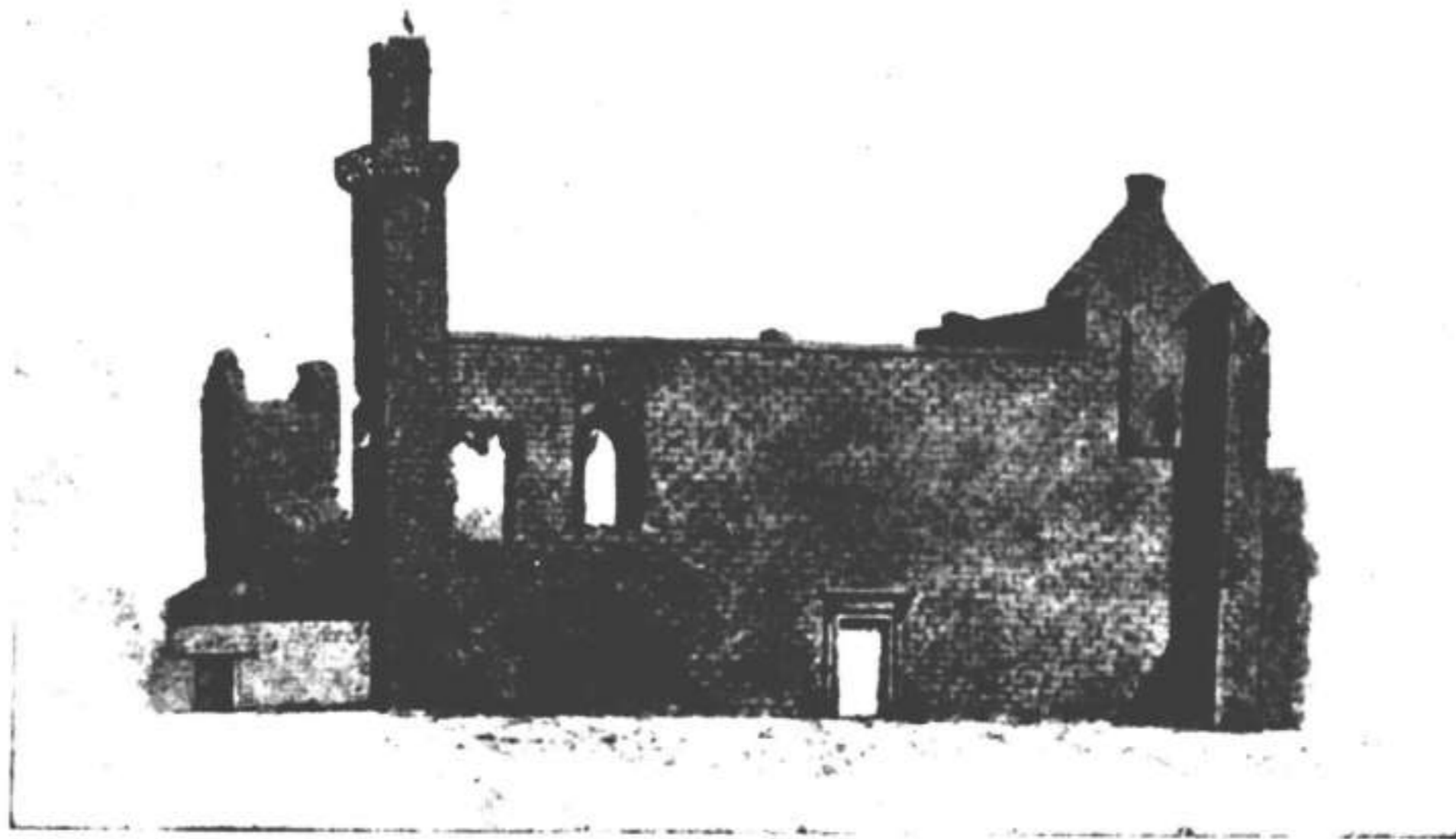
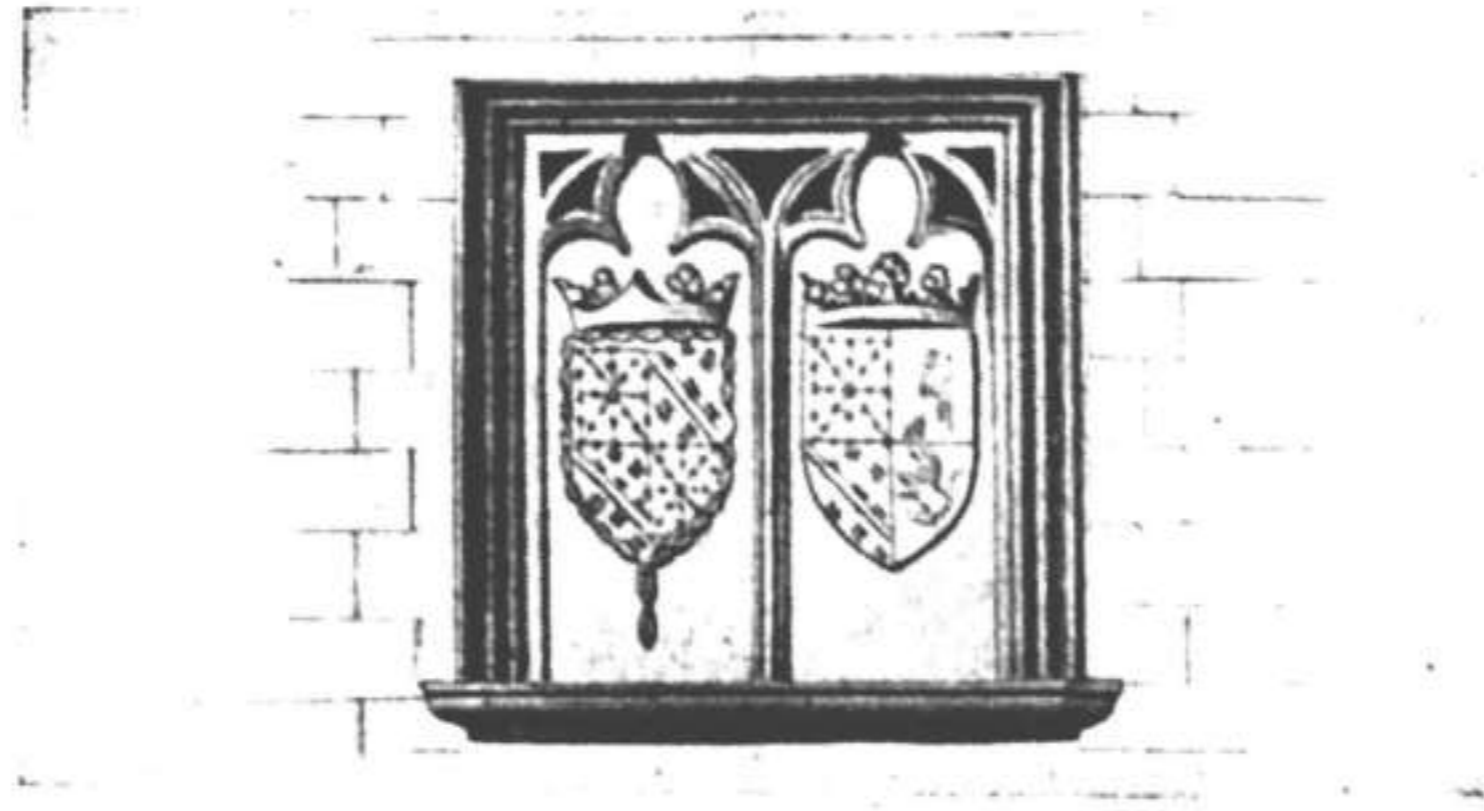


Finestre del Palazzo di Firenze
(Vedi disegno)

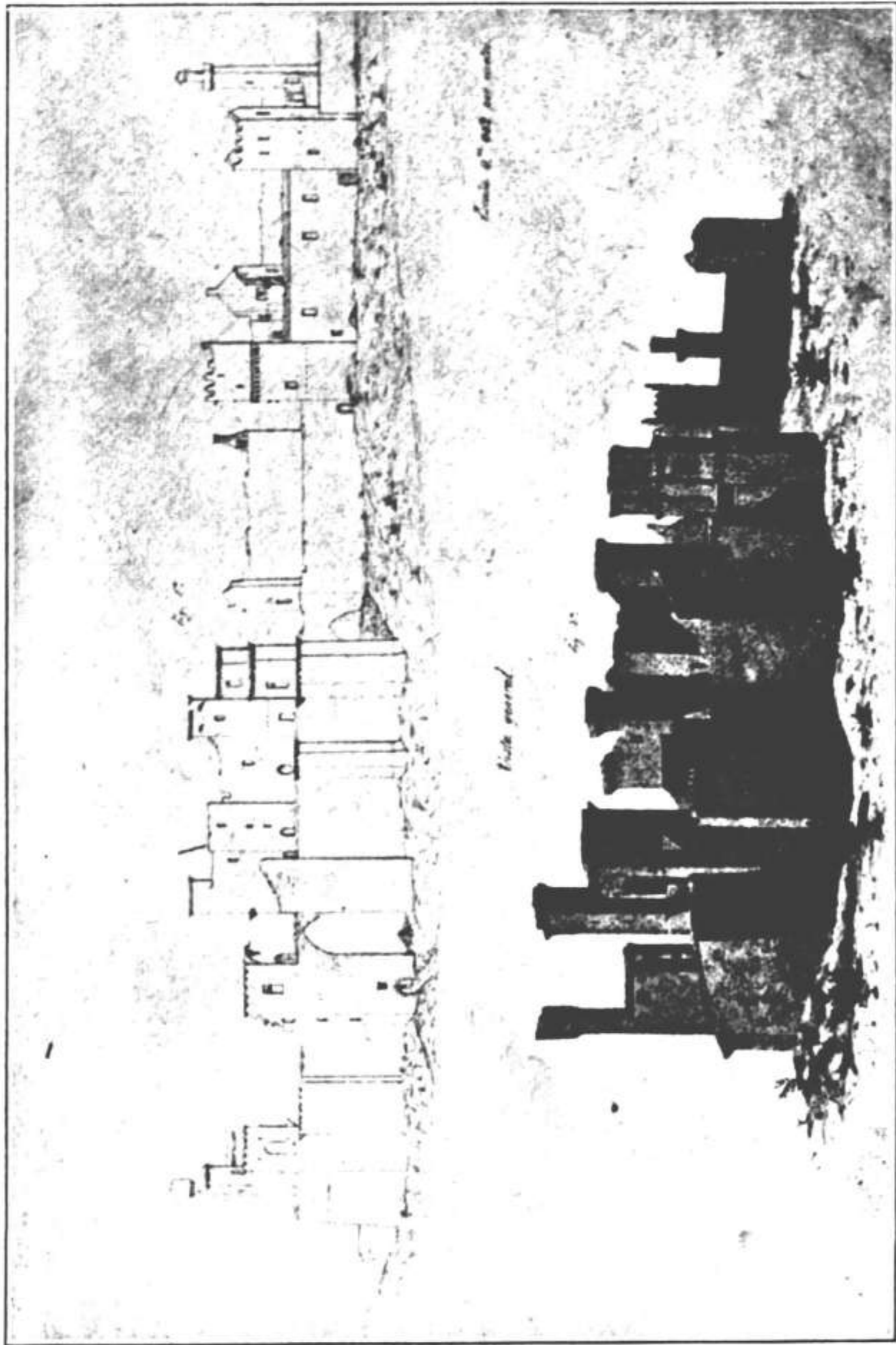
Dalle



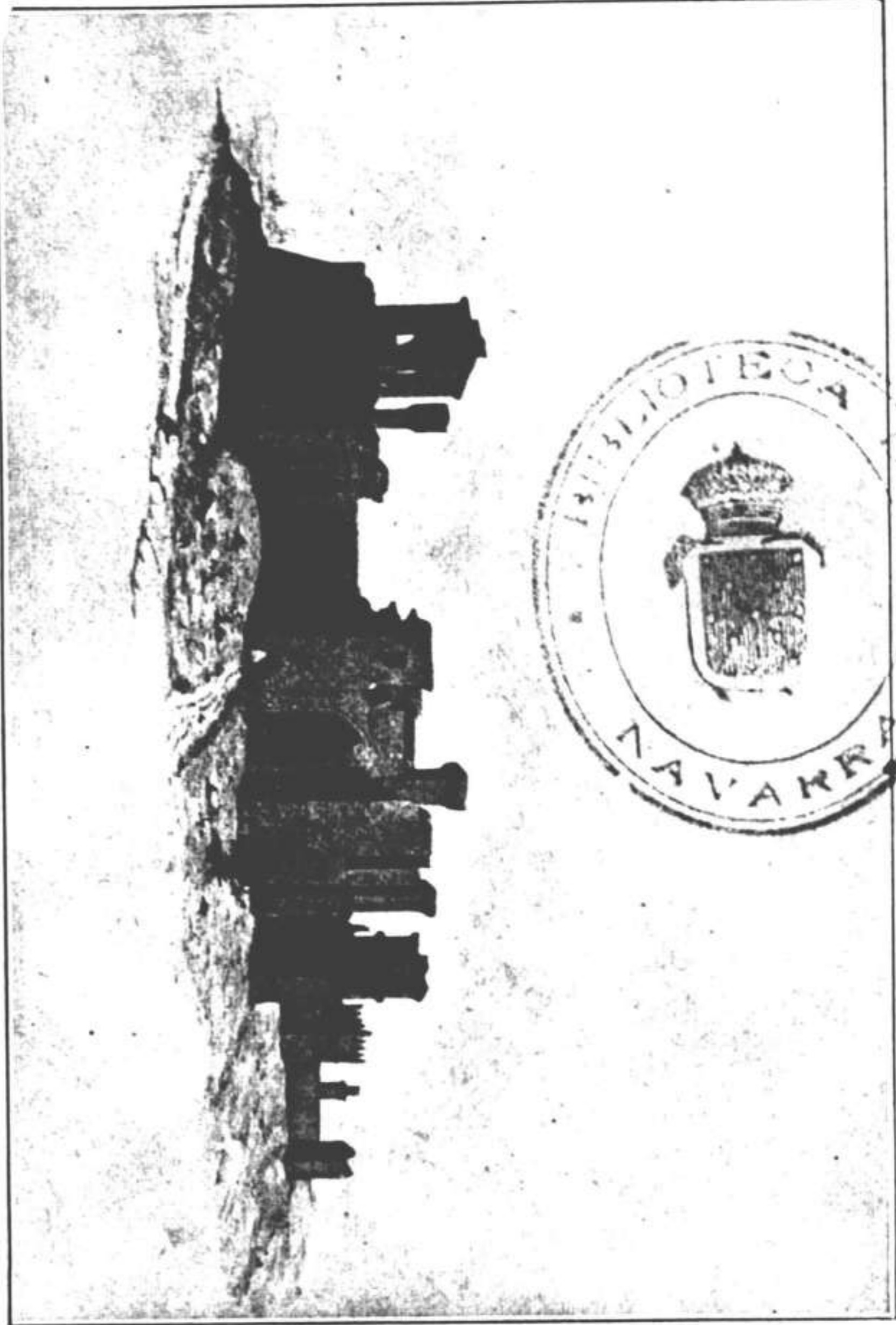
Torres diferentes



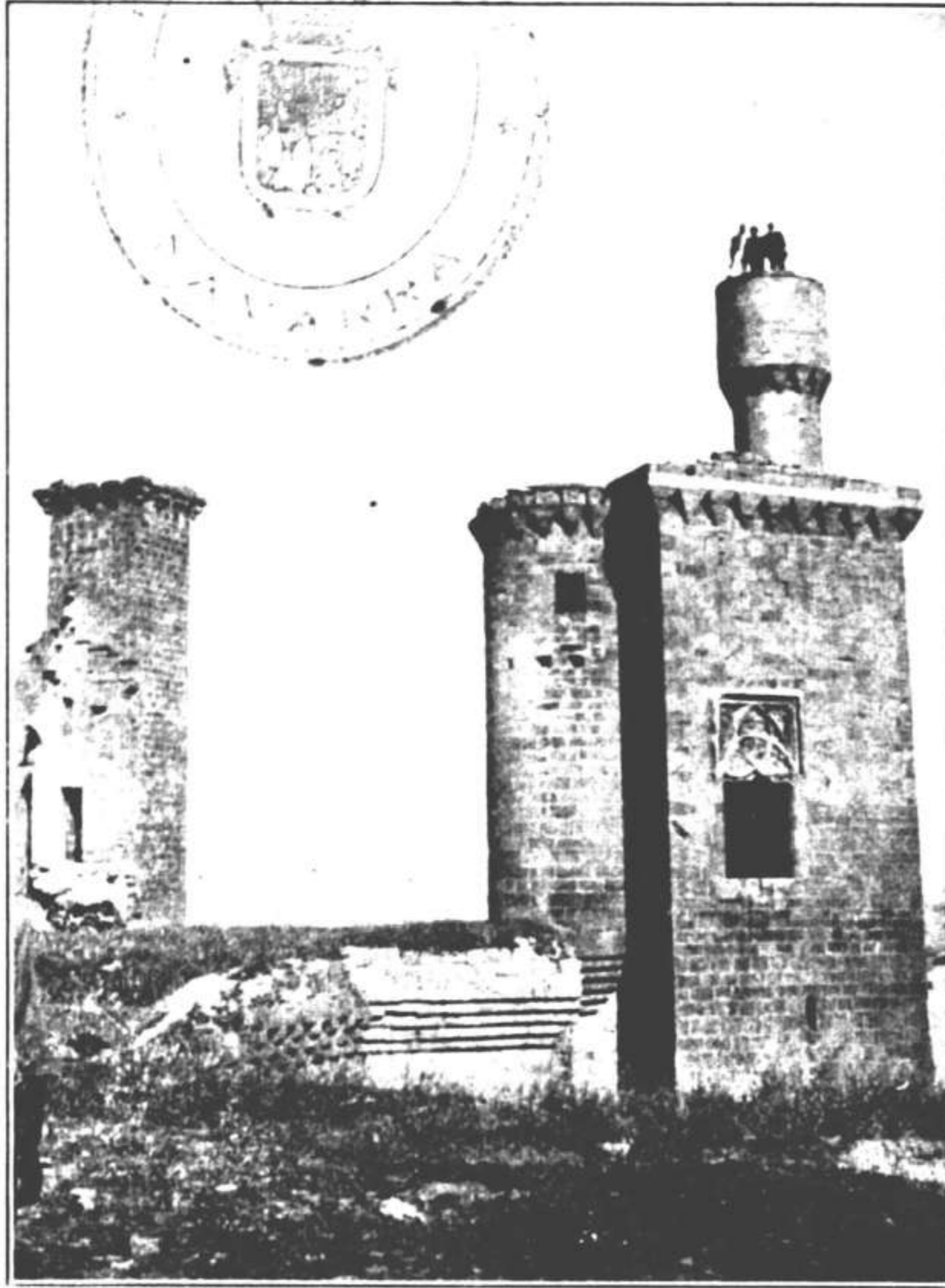
Escudos y fachada a la placeta.



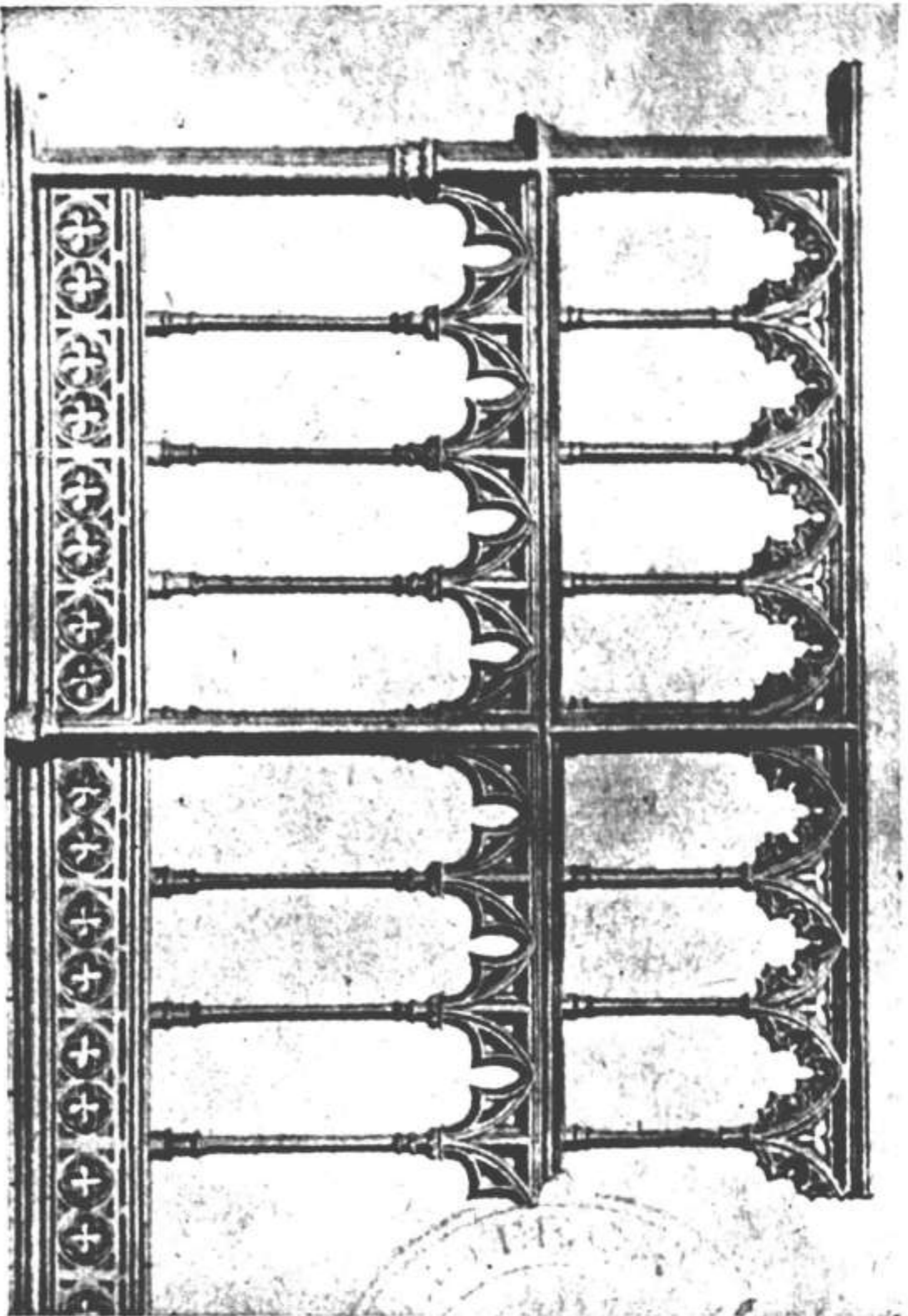
Alzado y vista general desde Oriente.



Vista general desde S. E.

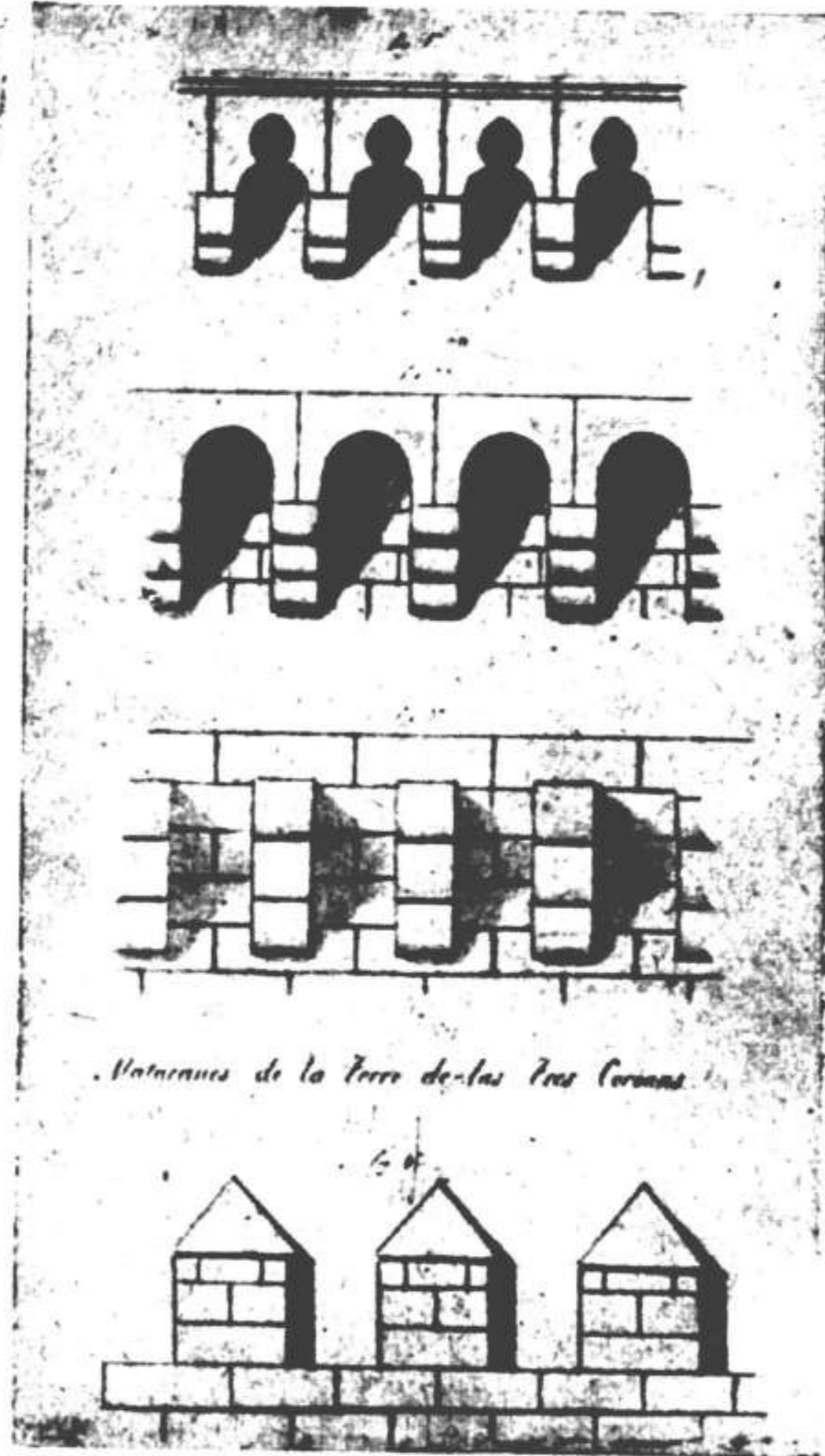


TORRES



Galería gótica





Almenas y matacanes



Torre de las tres coronas



Desde allí me fui al reyno de Nabarra pasando por muchas poblaciones en las que observe costumbres harto raras. Hay en aquella tierra pocas fuentes y sus habitantes beben agua llobediza. Caminando pues por dicho reyno, llegue a una buena ciudad llamada Olite en la cual estaba el principe que por entonces era Rey de Nabarra, puesto que el reyno entero le obedecia mas que a su mismo padre (4) el cual andaba siempre enemistado con su pueblo. Llegome un heraldo ante dicho principe o Rey el cual era muy joven; tratome amistosamente; hizo lo que yo le pedi y mando que me condujesen al aposento de su mujer, que era de nacimiento de la casa de

1.^o página del libro del viajero alemán.



Cleves. (6) El heraldo me hizo ver el palacio; seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo mas hermoso, de tantas habitaciones doradas &. Vilo yo entonces bien; no se podria decir ni aun se podria siquiera imaginar cuan magnifico y suntuoso es dicho palacio.

Condujome el heraldo adonde estaba la Reina, la cual se hallaba a la sazón en el terrado del castillo, rodeada de sus doncellas solazandose y tomando el fresco debajo de un gran dosel. A su lado estaba el poderoso Conde de Fox, (6) con el cual habia estado yo antes. Arrodilleme delante de la Reina; dijola el Conde que debia hablar aleman conmigo,

2.^a página del libro del viajero alemán.

pero a ella dióle vergüenza y no quiso. Insistió el Conde diciéndole que debía así hacerlo, y entonces ella lo hizo oficialmente y como por ceremonia, de cuyas resultas el Conde tubo muchas bromas con ella, haciéndome saber por medio de mi interprete que la Reina deseaba que yo me despidiese de ella a la manera de mi tierra. Escusose ella por vergüenza que la dio, pero el Conde lo quiso así, y no cesó de divertirse y chancarse con la Reina hasta que hincada la rodilla en tierra la besó y la mano según costumbre; fuime después a sus doncellas, abracelas a todas una después de otra, y

beseles las manos, lo cual las disgustó sobre manera; mas la Reina quiso que así se hiciese. A la noche hubo danza y la Reina mandó por mí a mi posada para que asistiese; mas fue tal y tan fuerte la tempestad de lluvia y viento que se levantó que según entendí después la fuerza del viento apago las hachas.

Después de esto seguí mi camino a caballo al gran reyno de España pasando por muchas y muy buenas poblaciones; de esta manera llegué a la gran capital llamada Burgos; allí pregunté por un obispo, en compañía del cual había yo viajado ocho años antes hacia

3.ª y 4.ª páginas del libro del viajero alemán.